

La Ilustración Artística

AÑO XIV

BARCELONA 21 DE OCTUBRE DE 1895

NÚM. 721

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

Con uno de los próximos números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA repartiremos á los señores suscritores de la Biblioteca Universal el cuarto de los tomos correspondientes al presente año, que será la obra póstuma del ilustre poeta Zorrilla *La leyenda de Don Juan Tenorio*. Aunque esta obra no pudo ser terminada por su autor, el fragmento que publicamos, compuesto de unos siete mil versos, es importantísimo y constituye en cierto modo la primera parte completa de la leyenda, razón por la cual nos hemos decidido á publicarlo, seguros de prestar un servicio á la literatura patria y de complacer al propio tiempo á nuestros suscritores.

La leyenda de Don Juan Tenorio lleva preciosas ilustraciones del genial dibujante D. José Luis Pellicer.

SUMARIO

Texto. - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *La insurrección en Cuba*, por X. - *Semblanza. Antonio Ferrer del Río*, por Carlos de Ochoa y Madrazo. - *Pro patria (Episodio de 1808)*, por Angel R. Chaves. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Abandonada*, novela de Enrique Greville, con ilustraciones de Salvador de Azpiazu (continuación). - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Industria de la seda tussah*, por A. M. Villon. - *Puerta de las Casas Consistoriales de Tolón.* - **Grabados.** - *Mademoiselle Buffet*, conocida cantante de café-concierto, cantando en los patios de las casas de París á beneficio de los pobres (de una fotografía). - *Antonio Ferrer del Río.* - *Isla de Cuba. Salón dispuesto en el Casino Español de la Habana, para el banquete en honor de los oficiales de las fuerzas*

llegadas á la isla (de fotografía). - *Desembarco en el muelle de la Habana de las tropas conducidas por el vapor «Antonio López»* (de fotografía). - *Revista de estas mismas tropas, efectuada en la plaza de Armas delante del cuartel en que aquéllas se alojaron* (de fotografía). - *Calle Real ó de Campoamor de Victoria de las Tunas*, dibujo de Passos. - *Destacamento de infantería del regimiento Habana, y casa comercial de los Sres. Figueras y hermanos, en Manatí (Santiago de Cuba)*, dibujo de Passos. - *El primer desengaño*, cuadro de Walter Langley. - *Bonaparte en la batalla de las Pirámides*, cuadro de Dumarest. - *La eminente actriz Sarah Bernhardt en el papel de Gismonda.* - *El brigadier D. Francisco de Borja Canella, vencedor del cabecilla Maceo en el combate de Sao del Indio.* - Figs. 1 á 5. *Industria de la seda tussah* (cinco grabados). - *Puerta de las Casas Consistoriales de Tolón*, obra de Pedro Puget.



MADemoiselle BUFFET, conocida cantante de café-concierto, cantando en los patios de las casas de París á beneficio de los pobres (de una fotografía)

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Viajes de los reyes y príncipes europeos á Francia. — Entrevistas con el presidente de la República francesa. — El rey de Portugal. — Los reyes de la primera mitad y los reyes de la segunda mitad del siglo XIX. — El problema oriental. — Matanzas en Constantinopla. — Incontrastables aspiraciones á la paz y á la libertad. — Muerte de Pasteur. — Honras fúnebres consagradas á su cadáver. — Inmortalidad de la ciencia. — Conclusión.

Nunca se han movido y nunca viajado como ahora los reyes y príncipes europeos. En otro tiempo los viajes regios alcanzaban una inmensa importancia y removían millares de cuestiones políticas; hoy no, quizás por su frecuencia. Sin embargo, lo mismo al viaje del rey de los belgas que al viaje del rey de los lusitanos impútaseles por el sentido común y la opinión pública una grande trascendencia, no sólo á la política continental europea, también á la política intercontinental. El fin que se ha propuesto al viajar el rey de Bélgica nadie lo discute: quiere algún apoyo contra Inglaterra, que le pide indemnizaciones crecidas por la ejecución de un súbdito suyo en el Congo belga, y quiere además la compra del dominio congolés, con tanta irreflexión acogido, y cuyo anhelo disfrute le trae innumerables sinsabores y le amenaza con increíble ruina. Pero ¿adónde y á qué va el rey lusitano? Sus colonias, puestas un día en litigio por ambiciones británicas, están en un período de calma; y su hacienda y deuda, blancos de tantas censuras, no sufren hogaño las embestidas de antaño. ¿Por qué va, pues, á Francia é Italia? No tiene remedio: habrá en la primera nación de verse con el presidente de una República, cosa dolorosísima para todo monarca; y habrá, en la segunda, de arriesgarse á un disgusto peligroso con el Papa, si en Roma entra, ó á un disgusto más peligroso todavía con el rey, si no entra en Roma. Bien podía perdonar el bollo por el coscorrón, y el placer de viajar por las dificultades que habrán de surgir á su paso.

* *

Como los principales reyes del siglo decimotercero fueron santos — no me dejarán mentir, no, los involuables hijos así de Blanca como de Berenguela; — y los principales reyes del siglo decimocuarto fueron crueles, — no me dejarán mentir, ni D. Pedro de Castilla, ni D. Pedro de Aragón, ni D. Pedro de Portugal; — fueron gloriosos los reyes de la primera mitad del siglo XIX, Guillermo I de Alemania, Leopoldo I de Bélgica, María Victoria de Inglaterra, Víctor Manuel de Italia, el buen Alejandro II de Rusia, el amado Francisco José de Austria; y á ellos muy inferiores todos sus herederos, pues ni Humberto, ni Rodolfo, ni Leopoldo II, ni el príncipe de Gales, ni el czar Nicolás, ni el emperador Guillermo II podrán arresarse á medirse con aquellos celebrados personajes, de quienes han recibido ya, ó recibirán más tarde, una corona muy grande, á cuyos esplendores, por el camino que siguen y por las calidades que muestran, jamás podrán añadir un rayo nuevo, y á cuyas piedras preciosas jamás ajuntar ningún brillante. De reyes gloriosos pasamos á reyes disminuídos é infelices.

* *

Uno de estos Augústulos es el pobre sultán de Turquía también. Por poco tiempo que se prolongue su reinado puede tocarle quizás, en la lotería del destino, perder aquella Constantinopla, conquistada por sus predecesores gloriosísimos hace ya quinientos años casi. Heredero de un sultán á quien su propia corte degolló, como se degüellan los cerdos en una casa de labriegos; habiendo tenido que recluir su hermano é inmediato antecesor en triste solitaria torre, manicomio abierto á un loco, según los más, y según los menos título de un infeliz enterrado en vida, le han puesto en innumerables apuros muchas desgracias; y después de haber visto las banderas cristianas en el barrio de San Estefano, prontas á subir hasta la cúpula de Santa Sofía, no se ha salvado más que por las rivalidades europeas, pero ha tenido que ceder á los austriacos Bosnia con Herzegovina, y á los rusos Dobrujca en las bocas del Danubio con una parte de Armenia en el Asia occidental, y á los búlgaros porción muy considerable de los Balkanes, quedando en Anatolia como un guardián de ajena vivienda, muy próximo á que se cumpla el desahucio en pleito á favor de alguien, y lo echen á él de la casa y lo recluyan en Damasco y en Bagdad, en alguna capitalidad de aquellos califatos orientales, todos desaparecidos á los decretos inflexibles del hado y á los movimientos continuos del progreso.

* *

¿Puede darse un síntoma de suyo más grave que las matanzas de armenios habidas en Estambul, y perpetradas por una subversión aparatosa, la cual demuestra cómo se corresponden anarquía y despotismo en el mundo? Hanse cumplido mis presentimientos, expresados en estas columnas mil veces. La cuestión de Armenia se alza hoy á las alturas de una cuestión internacional. Impuestas al sultán por Europa medidas conducentes al bien de los cristianos en el Asia occidental, estas medidas han repugnado de horrible modo á los que debían ejecutarlas, servidores más celosos del poder de sus amos que los amos mismos. Y en cuanto los armenios, protegidos por Europa, se han de suyo lanzado á una manifestación de sus quejas, el fanatismo musulmán, redivivo, cuando parecía muerto y amortiguado so la presión europea, se ha salido de madre sin resistencia, y cogiendo el yatagán, ha comenzado una de esas carnicerías habituales al Asia, tan deshonorosas para su nombre en la historia y tan opuestas á su influjo en la tierra. Es un degüello el temerario acto. Y á este degüello ejecutado por softas que lo han promovido con sus sermones y puéstolo en práctica con sus propias ensangrentadas manos, cuando creían no bastarles las manos de sus sicarios, verdaderos verdugos, han asistido con los brazos cruzados los milites, á quienes encomienda su monarca el cumplimiento de sus órdenes y en quienes Europa descubre la mayor fianza de una existencia tranquila del imperio turco. Hay, pues, una verdadera causa de intervención europea, y en la intervención europea un verdadero germen de conflicto internacional, y en el conflicto internacional cien probabilidades terribles de que salte inmediatamente una cruentísima y pavorosa guerra.

* *

No conozco nada tan abominable como la superstición asesinando. Siempre que instituciones, como la Iglesia ó la Religión, destinadas á freno de los malos instintos, lejos de refrenar, desenfrenan al hombre, convirtiéndolo en la más cruel fiera, pues el tigre y el león y el águila y todos los animales carnívoros obedecen al instinto y cumplen una necesidad, que ni obedecieran, ni cumplieren, de tener en sus achatadas ó angostas cabezas un átomo del resplandor de la conciencia y en sus corazones, puramente mecánicos, un asomo del sentimiento de caridad, que tenemos los hombres. El asesino religioso, creyendo servir á su Dios, con la perpetración del crimen, que incendia y mata, se ceba en sus víctimas, pues nunca se sacia de sangre ni se harta de carne, al pensar que ofrece un holocausto á la justicia divina en aquel acto de inhumana barbarie. No perdonan á la mujer, á quien atribuyen la mayor iniciativa y la responsabilidad mayor en los asuntos religiosos, cual no se compadecen del niño, á quien juzgan reo del dogma y creencias de sus padres. Así Constantinopla se ha cubierto de horror, y á los degüellos han sucedido las descargas, y á las descargas los asesinatos individuales en una carnicería infernal, y á los asesinatos individuales horribles la matanza colectiva que ha henchido de cadáveres las calles y apestado de miasmas los aires. ¿Quién evitará la guerra?

* *

Así consuela y fortifica el aprecio universal dado por los pueblos cultos á la ciencia, quien, lejos de ponerse á servicio del mal y de la muerte, fomenta el bien y dilata la vida. Este aprecio universal hémoslo visto y tocado con ocasión del fallecimiento y de los funerales de un sabio tan extraordinario como Luis Pasteur, vencedor de las enfermedades más horribles, y por lo mismo copartícipe del elemento divino y creador, que con su Verbo ha producido el Universo y lo conserva con su providencia bajo leyes físicas, intelectuales, morales, nunca violadas. Quien vió en los fermentos seres animados, contrarios á la salud y bienestar del hombre, pudiendo así purificar la cerveza y el vino y el vinagre de máculas enemistadas con nuestra vida; quien desvaneció el principio ateo de las generaciones espontáneas, principio empeñado en destruir la creación arriba y abajo la finalidad, desconociendo así por doquier la Divina Providencia; quien mostró los gérmenes creadores movidos por un soplo celeste á los cuatro puntos del cielo y componiendo la material primera levadura de toda substancia; quien, después de haber encontrado los fermentos vívidos en la materia líquida, encontró en los cuerpos orgánicos el virus, animado y viviente; quien mostró que así como no hay espontaneidad en los fermentos, cuyos estragos corrompen las bebidas, tampoco la hay en los virus, cuyos asaltos atacan á los cuerpos; quien favoreció

tanto la cirugía antiséptica, dándole casi el don de los milagros para curar las llagas; quien atenuó, amén del parásito de las fermentaciones, el parásito de las enfermedades inficiosas; quien inventó que los venenos atenuados son antivenenos y antidotos manifiestos; quien pasó la vacunación desde las viruelas al carbunco y al krup y á la hidrofobia, preservando de mil peligros los bómices que nos dan seda y los ganados que nos dan lana y los pobres labriegos expuestos siempre á la mordedura del perro rabioso y á la infección de mil plagas pútridas, hubiera merecido que le alzaran un templo como á Esculapio en las edades clásicas y merece que se haya Europa reunido en sus funerales y aclamado su gloria como el mayor timbre de la especie humana y puesto su nombre inmortal entre las estrellas fijas del tiempo y entre los ornatos primeros de la Historia. Glorifiquemos sin fin á Francia que ha engendrado este grande hombre y al mundo culto que lo honra en funerales sin igual y lo coloca en los templos imperecederos de la inmortalidad.

Madrid, 8 de octubre de 1895

LA INSURRECCIÓN EN CUBA

(Véanse los grabados de las páginas 708, 709 y 711)

En las páginas 708 y 709 reproducimos tres fotografías, obra de los Sres. Otero y Colominas de la Habana, referentes al desembarco de las tropas que condujo á la isla el vapor *Antonio López*. Componían esta expedición la batería del segundo regimiento de montaña y un escuadrón del de Arlabán, que fueron revistados por la Reina Regente en Vitoria; un escuadrón del regimiento del Rey, que se les unió en Zaragoza para embarcarse juntos en Barcelona el día 18 de agosto en el *Montevideo*, y un batallón de artillería que estaba de guarnición en Sevilla y que en Cádiz junto con los expedicionarios procedentes de Barcelona se embarcó en el *Antonio López* el día 20 del citado mes. El total de hombres embarcados se elevaba á 1.392 y además nueve médicos militares y varios oficiales de distintas armas.

La despedida que á esas fuerzas se hizo en Barcelona primero y en Cádiz después fué en extremo entusiasta, como recordarán nuestros lectores, pues por aquellos días la prensa diaria de toda España hizo minuciosos relatos de aquel suceso: la revista que Su Majestad pasó á las tropas de Vitoria, la solemne ceremonia de la bendición que por encargo especial del papa les dió el nuncio de Su Santidad en España, las conmovedoras escenas que se desarrollaron en Zaragoza, en nuestra ciudad y en Cádiz son demasiado recientes para que sea necesario describirlas de nuevo.

El vapor *Antonio López* llegó á la Habana el día 3 de septiembre: si entusiasta fué la despedida que á los expedicionarios se hizo en los puertos españoles, con no menos entusiasmo fueron acogidas al desembarco en la capital de la isla: la población en masa acudió á los muelles y llenó las calles para recibir á nuestros soldados, vitoreándolos sin cesar, colmándolos de regalos, sembrando de flores y coronas el camino que habían de recorrer y agasajándoles con toda suerte de festejos.

Uno de los más notables de éstos fué el banquete con que el Casino Español de la Habana obsequió á los jefes y oficiales recién llegados. Ya es tradicional la magnificencia con que aquel centro organiza sus fiestas, sobre todo aquellas en que pone de manifiesto sus sentimientos patrióticos: no es, pues, de extrañar que el banquete resultase un acontecimiento verdaderamente solemne. A él asistió la representación genuina de todas las fuerzas vivas de la capital cubana, que quisieron de este modo rendir un testimonio de cariño á los que en cumplimiento de su deber acuden allí á defender la integridad de la patria. Presidió la fiesta el ilustre general Martínez Campos, que pronunció un elocuente discurso dando la bienvenida á sus subordinados, animándoles á entrar en la campaña con todo el ardimiento que presta el sagrado amor á la patria y dándoles valiosos consejos dictados por su larga experiencia de las campañas de Cuba.

Nuestros grabados reproducen el acto de desembarcar las tropas del *Antonio López* en el muelle de la Habana, la revista que se efectuó en la plaza de Armas frente al cuartel en que se alojaron las tropas y mesa del banquete celebrado en el Casino Español.

También publicamos dos dibujos tomados de dos fotografías de D. Manuel Martínez Otero, que representan la calle Real ó de Campoamor de Vitoria de las Tunas y un destacamento de infantería del regimiento de la Habana, acantonado en la casa comercial de los Sres. Figueras y hermano, de Manatí. — X.



SEMBLANZA

Confieso que cojo la pluma con pena y al propio tiempo con cierta alegría, al trazar los rasgos más culminantes del que fué en vida historiador insigne, ilustre literato, modelo de amigos y uno de los hombres de alma más bella que he conocido jamás. Con pena, digo, porque he perdido en él á uno de mis más cariñosos maestros en literatura, y con alegría porque al escribir la *Semblanza* de D. Antonio Ferrer del Río, se me presenta la ocasión de consignar sus grandes virtudes y sus relevantes méritos como académico y escritor público.

Fué en el real sitio de El Pardo, cerca del palacio en que falleció Alfonso XII, allá por los años de 1854, cuando traté más íntimamente al autor de la *Historia del reinado de Carlos III en España*. El rey D. Francisco de Asís, esposo de la entonces reina doña Isabel II, concedió á Ferrer del Río una pensión de 24.000 reales anuales, dándole además alojamiento en una de las dependencias del real patrimonio, para que escribiera lejos del bullicio de la corte dicha obra. Allí se instaló Ferrer del Río, en 1852, trasladando sus muebles y selecta biblioteca á una modesta casa, en la que residió algunos años, sin más testigos de su vida laboriosa que sus antiguos criados... Merecen éstos que les consagre unas pocas líneas, pues aquellos fieles servidores eran para Ferrer algo más que criados; eran ambos, así Enrique como Isabel, que por ser ésta bastante gruesa la llamaba su amo *Isabelona*, ó más generalmente *la Belona*, el prototipo de los criados españoles, que en punto á honradez, abnegación, cariño hacia sus amos, no tienen rival en el mundo. Yo he viajado mucho, y no dudo en afirmar que en ningún país he visto criados semejantes á los de España, que se identifiquen de tal modo con sus amos, que sean como los nuestros parte integrante de la familia y para quienes nuestras penas y alegrías se repercuten en ellos como en nosotros mismos. Para Enrique y su compañera *la Belona*, el mundo entero era la casa de Ferrer del Río, y no amar, no venerar, dejar de admirar á su amo era para ambos el mayor de los delitos.

A las seis de la mañana, lo mismo en invierno que en verano, estaba uno seguro de encontrar á Ferrer levantado, y ya con una jícara de chocolate en el cuerpo, sentado junto á una mesa repleta de libros, crónicas, folletos, legajos de papeles, todo ello referente á la época de Carlos III. Es prodigioso todo el arsenal de documentos, más ó menos interesantes, que había acumulado Ferrer para escribir su obra, que había sido el sueño dorado de su existencia. La vida pública y privada del gran monarca la conocía Ferrer como nadie, y cada uno de sus hechos culminantes los defendía á capa y espada.

Tenía la costumbre de convidar á sus amigos más íntimos á pasar el día con él, y casi todos los domingos se le lograba el gusto de reunir en su mesa á algunos de ellos. Los más asiduos eran D. Tomás Rodríguez Rubí, D. Miguel Agustín Príncipe y D. Juan Pérez Calvo. Los que han conocido á este antiguo periodista, recordarán el grajeo de su conversación, sus peregrinas ocurrencias, y su humor envidiable. Se complacía en *hacer rabiar* á Ferrer, según su frase

sacramental, y como era uno de sus amigos más íntimos y cariñosos, todo le estaba permitido. Su delicia era hablar mal de Carlos III, para poner en furor á Ferrer, y con estas bromas, que para el que no estuviese en autos, las hubiera tomado por controversias formales, se pasaba en El Pardo tardes deliciosas, pues después de oír leer al *fraile*, como llamaba Pérez Calvo á nuestro historiador, un nuevo capítulo de su obra que sometía á la apreciación de sus oyentes, se daban largos paseos por aquellos contornos, terminando la fiesta con una suculenta comida á la española, guiada por *la Belona*, gran maestra, por supuesto, en el arte de cocinar.

Solo en su despacho, rodeado de sus libretos y papeles, volvía á quedarse el *fraile*, ó el *Buey Apis*, que fué otro de los motes que se le adjudicó en Madrid, ó *Ferrerón*, que era el nombre más generalizado para designar á aquel hombre que, si era de gran estatura, no era menor su corpulencia, de tosco aspecto, sin ninguna finura y elegancia; *lourdau* le habrían llamado en Francia, que es el calificativo que retrata más exactamente á nuestro personaje. Pero aquel corpanchón encerraba un alma pura, un corazón de niño, unos sentimientos nobles y delicados que contrastaban singularmente con su figura.

Tenía unas inocentadas, unas candideces impropias casi de su edad. Cualquiera cosa le hacía reír, celebraba á veces la nimiedad más grande, y siempre estaba dispuesto á aplaudir la mayor majadería con tal de que saliese de labios de una persona querida. Recuerdo, á propósito de esto, que hallándose una noche de tertulia en casa de un íntimo amigo suyo, compañero de Academia, cuya hija política, recién llegada del extranjero, ignoraba que se llamase Ferrer, y que creía por el contrario que su verdadero apellido era *Ferrerón*, conversó largamente con la forastera sobre los usos y costumbres del país que solía habitar esa señora. No estaban sin duda muy de acuerdo en sus apreciaciones, cuando su interlocutora, alzando un tanto la voz, exclamó:

— ¡Qué ocurrencias tiene el señor de Ferrerón!

Oír decir *Ferrerón* la dueña de la casa y hacer señas á su hija política, todo fué uno; pero ésta ignoraba lo que quería significar toda aquella escena muda, y atenta á lo que decía su interlocutor, y cada vez más entusiasmada, repetía con nuevos bríos:

— El señor de Ferrerón está equivocado.

— El señor de Ferrerón no ha visto como yo, etc. Y dale y torna con el señor de Ferrerón.

Toda la tertulia prorrumpió en risas estrepitosas, comenzando por Ferrer, hasta que la forastera se enteró de que *Ferrerón* era su apodo. ¡Lo que celebró éste la ocurrencia de su interlocutora, tan avergonzada luego como la dueña de la casa, y precisamente los apuros de ambas era lo que celebraba más y le causaba mayor risa!..

Allí, en la tertulia de ese mismo académico, amigo de Ferrer, lucía éste de vez en cuando sus dotes de poeta y hasta de poeta tierno y amoroso, cosa que asombraba mucho á las muchachas que le oían recitar versos de sus mocedades. Era en la época en que estaba muy de moda (esta señora se cuela en todas partes) recitar poesías con acompañamiento de piano, y Camprodón, el popular autor de *Flor de un día*, había compuesto unos versos, bastante malos por cierto, que comenzaban:

«Suspiros hay, mujer,
que ahoga el labio en flor.»

La música era muy bonita, pero Ferrer encontraba absurdos los versos, y recuerdo que compuso unos muy lindos para recitarlos con el mismo acompañamiento, y las muchachas todas prefirieron los versos de Ferrer, lo que fué para éste una gran satisfacción, pues le agradaba mostrarse complaciente con la juventud.

Hizo también una rápida excursión al campo teatral, escribiendo un drama histórico, cuyo título no

tengo ahora presente, pero sí recuerdo que se aplaudió mucho en el teatro del Príncipe, de Madrid, la noche de su estreno, al cual tuve el gusto de asistir, y recuerdo también que lo ejecutaron maravillosamente el eminente actor Valero, Pepita Palma, hoy retirada del teatro y residente en Barcelona, y otra actriz que también ha vivido aquí largo tiempo, la Valentini. Ambas actrices se presentaron en el palco escénico acompañadas de Ferrer. Entonces sí que se le podía llamar *Ferrerón*. Parecía un coloso, un coloso rebosando alegría al ver realizado uno de sus sueños dorados, que se representase una obra suya, sin duda en justa represalia de tanto esperpento como tuvo obligación de leer durante los años en que ejerció el cargo oficial de *Censor de teatros*.

No fué este el solo destino del gobierno que sirvió Ferrer del Río con el celo y con la inteligencia que le eran peculiares. Fué largo tiempo Bibliotecario del ministerio de Comercio, Instrucción y Obras Públicas (hoy de Fomento), destino que creo le procuró el entonces director de Instrucción pública D. Antonio Gil de Zárate, que fué muy amigo y protector de Ferrer, el cual consignó su gratitud hacia el célebre autor de *Guzmán el Bueno* en la dedicatoria de su primer libro de historia, titulado *Decadencia de España. Primera parte. — Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla, 1520-1521*, en cual obra ya dió pruebas manifiestas de sus especiales condiciones de historiador.

Era Ferrer asiduo tertuliano del café del Príncipe, de ese histórico rincón del teatro del mismo nombre, de Madrid, convertido hoy en contaduría, donde durante tantísimos años se reunían todas las noches la mayor parte de los poetas, literatos y periodistas que figuraban en la coronada villa. Gil de Zárate no faltaba jamás; allí se le encontraba á diario envuelto en una larga capa azul, en gran conversación con sus habituales contertulios, uno de los cuales era Ferrer del Río. Desde su casa, era cosa sabida, directamente al café del Príncipe, apoyado en su bastón, andando muy despacio, con los ojos medio cerrados, fumando un puro, lo mismo bueno que malo, muy distraído, sin ver á través de sus lentes ni aun á las personas que le saludaban al paso, efecto, según unos, de que era muy miope, y según otros de que iba dormido. ¡Andar dormido! Aunque parezca inverosímil, casi me inclino á creer que con frecuencia iba dormido por la calle.

Pero donde no se dormía era en las sesiones semanales de la Academia Española, de la que fué no sólo individuo de número sino también secretario interino durante las enfermedades y ausencias de Bretón de los Herreros, y luego bibliotecario perpetuo en reemplazo de D. Eusebio del Valle. Trasládese con tan plausible motivo á la habitación destinada al bibliotecario de la vetusta casa que ocupaba hasta hace poco la docta corporación en la calle de Valverde. Fué esta también una de las grandes satisfacciones de su vida. «No pagar casa, decía alegremente á sus criados, se me figura que estoy en El Pardo.»

Y ahora que vuelvo á nombrar ese real sitio, no puedo menos de recordar otra de las satisfacciones de Ferrer al llegar la ocasión de ponerse el uniforme de miliciano nacional, después de los sucesos del 54. ¡Cuánto nos reímos todos los jóvenes que le rodeábamos al verle entrar una mañana tan ufano y contento con su morrión! Era materialmente un niño: lo que menos le preocupaba era la significación de ese uniforme, pues aunque á veces tuvo sus puntos y ribetes de patrioter, era muy conservador en el fondo, y sobre todo muy monárquico. No, lo que le gustaba era verse de uniforme (como más tarde cuando se mandó hacer el de académico), con su sable, su mochila y su fusil, lo mismo que los niños cuando juegan á los soldados.

Y á propósito de juegos, ¡la afición que le tenía al ajedrez! No era maestro ciertamente en él; lo jugaba como el común de las gentes, pero se pasaba las horas enteras tratando de dar jaquemate á su contrario;

si ganaba, su semblante rebotaba satisfacción; pero si perdía, ¡válgame Dios!, entonces su descontento no tenía límites. Era para lo que tenía mayor amor propio. Yo le he visto verdaderamente enfadado porque había perdido una partida, cosa que él consideraba naturalmente injusta y hasta monstruosa.

He hablado antes de su ingreso en la Academia Española y no he dicho que pocas elecciones hubo en aquella época más justas y debidas que la suya, pues es jurisprudencia en aquella respetabilísima institución hacer individuo de su seno al autor que ha obtenido premio en sus públicos certámenes, y Ferrer lo consiguió, nada menos que por unanimidad, en el que abrió la Academia en 2 de marzo de 1850, y cuyo asunto era el *Examen histórico-crítico del reinado de D. Pedro de Castilla*, trabajo concienzudo que vino a consolidar su fama de historiador, demostrando hasta la evidencia con gran contingente de datos y de documentos irrefutables que el famoso monarca de Castilla merecía el sobrenombre de *Cruel* y no el de *Justiciero*, como pretendían sus partidarios. Pero ni esta obra, escrita con envidiable corrección de estilo y de lenguaje, ni su ya citada *Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla*, pueden compararse por su importancia histórica y literaria con su célebre obra sobre Carlos III, que fué, como lo confiesa su autor, *el trabajo de su vida*, al que consagró todos sus afanes y donde desplegó sus relevantes cualidades de escritor y de profundo historiador. Pudo equivocarse tal vez en alguno de sus juicios, pero no puede negarse que es una obra de grandes vuelos y que pasará ciertamente a la posteridad.

Ganas tuvo Ferrer de escribir una historia de Felipe V, y creo que tenía ya reunidos no pocos materiales para tamaña empresa; mas hubiese sido preciso para esto encontrar un nuevo Mecenas, y encerrarse otra vez durante algunos años, lejos del bullicio de la corte. La vida conventual le era muy grata, y muchas veces le oía hablar con envidia de los dos Luises, el de León y el de Granada, y de otros varones insignes que enriquecieron la literatura patria apartados del mundo y de sus pompas vanas. Si Ferrer del Río hubiese nacido en el siglo XVI, por ejemplo, es indudable que sus obras, con ser hoy bastante numerosas, hubieran sido todavía más. Contentémonos con las que dejó, y recordemos con cariño a aquel hombre que nunca hizo mal a nadie y que fué por el contrario un modelo de hijos, pues veneró a su madre, habiendo quedado desde muy niño huérfano de padre; amó a su esposa con ternura, perdiéndola muy luego, y mantuvo constante y fina amistad con cuantas personas le rodeaban.

CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO

PRO PATRIA

(EPISODIO DE 1808)

I

A pesar de hacer rato ya que había caído la noche, aún seguía oyéndose a lo lejos y con monótona regularidad el estampido del cañón.

La quinta de recreo, ó si se quiere la torre, que es como se llama en Aragón a esta clase de fincas, estaba lo bastante distante de Zaragoza para haber quedado fuera de la línea de cerco de los franceses, pero no tan lejos que, cuando el aire soplabá de aquel lado, no se oyera clara y distintamente el ruido de los disparos.

La tarde debía haber sido borrascosa. Indudablemente los sitiados habían hecho alguna de las suyas, y á juzgar por el tiroteo que hasta hacía poco se había estado oyendo, sin respeto á las órdenes severísimas que para impedirlo se daban á cada paso, se debía haber hecho por parte de los de adentro alguna salida probablemente tan heroica como infructuosa.

D. Julián estaba que echaba chispas. A pesar de sus setenta y dos inviernos y de aquellos pícaros dolores que le volcaban tres cuartas partes del año en su sillón de vaqueta, se volvía y revolvió aquella noche en la anchurosa sala del piso bajo con la impaciencia de un león enjaulado.

Y lo que le exasperaba más y más todavía eran los gimoteos de su mujer, que todo lo componía con echar de los que en lejanos días fueron hermosos

vió precisado á sacar á plaza una autoridad de cabeza de familia que nunca hasta entonces había tenido para qué mostrar.

Aunque no hubieran sido ambos conyuges aragoneses, que sí lo eran, las pasiones que en tan abierta contradicción les ponían eran de tal suerte exaltadas y absolutas que, dispuestos uno y otro á no ceder un palmo de terreno, sabe Dios adónde hubieran llegado las cosas, si un inesperado suceso no hubiera venido á dar nuevo giro á la lucha.

Martín sin esperar aviso de nadie y sin haber tenido tiempo todavía de cambiar la sotana y el manto por más marciales arcos, se presentó un día inopinadamente en el hogar paterno, por cierto con una desenvoltura no muy propia de quien su madre esperaba ver convertido en un Tomás de Aquino ó en un Alberto el Grande.

El mozo, que era gallardo por todo extremo, y si no mienten las crónicas salmantinas, no corto de ingenio en las aulas y largo de manos fuera de ellas, no aguardó á que le preguntaran, y en bienazonadas razones expuso las causas que á Zaragoza le llevaban.

Al saberse en la Atenas española la perfidia de Napoleón, al llegar allí la nueva de que la península entera se alzaba en armas contra los franceses, la universidad había cerrado sus puertas, mezclados sesudos doctores con arrebatados estudiantes y maleantes sopistas habían formado aquellos famosos

batallones en que muy bien se hubiera podido dar las voces de mando en la gárrula jerga con que nuestros ergotistas estropeaban la lengua que inmortalizaron Horacios y Virgilio, y la que era tranquilo emporio del saber y de la cultura vióse trocada de pronto en bélico campamento y alborotado cuartel.

Si con aquellas noticias no hubiera coincidido la de que los franceses caían ya sobre Zaragoza, no habría sido Martín de los últimos en alistarse en el entusiasta tercio. Pero entre romperse los huesos en el rincón á que la suerte le empujara y defender el pedazo de suelo que le vió nacer, la elección no era dudosa, y adoptando el partido de otros muchos estudiantes, había tomado el camino de la que no había de tardar mucho en ser émula, ya que no superadora, de las glorias de Sagunto y de Numancia.

II

La noche á que aludimos en el comienzo de esta relación hacía más de ocho días que no había habido modo ni manera de tener la más remota noticia de lo que en la sitiada plaza ocurría.

D. Julián, jurando y maldiciendo, trataba de ocultar la ansiedad que por la suerte de su hijo sentía, mientras doña Engracia daba suelta á su dolor en copiosas lágrimas que salpimentaba de no muy suaves recriminaciones á su marido.

Por el camino que iban no parecía estar lejos el momento en que el vetusto matrimonio se empeñara en una guerra no menos cruel que la que España sostenía contra el francés, cuando de pronto vino á cortar el picante diálogo un antiguo criado de la casa que, con un azoramiento que no le era dado ocultar, entró en la sala con más precipitación y menos anuncios de lo que el respeto mandaba.

—¿Qué diablos ocurre?, preguntó D. Julián con visible mal humor.

—¿Hay noticias de Martín? —interrumpió doña Engracia con impaciencia.

—¿Noticias? ¡Otra que tal!, murmuró el criado bailándole los ojos de júbilo. El señorito en cuerpo y alma está ahí.

Y cuando de las gargantas de los viejos salía un grito ronco é inarticulado, en el umbral de la puerta apareció un mozo ataviado mitad de militar, mitad de paisano y cuya gallardía revelaba que no eran exagerados los encomios que la fama hacía de él.

Si la efusión y la prisa que pusieron los por el momento afortunados padres en arrojarle en brazos del mancebo les hubiera permitido examinarle más despacio, no habrían dejado de observar que su aspecto



ISLA DE CUBA. — Salón dispuesto en el Casino Español de la Habana, para el banquete en honor de los oficiales de las fuerzas llegadas á la isla (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

ojos cada lágrima del tamaño de una avellana, y con encender candelillas y más candelillas ante una urna de cristal y caoba que encerraba un no muy artístico simulacro de la milagrosa patrona de los zaragozanos.

Aunque no lo decía, claramente se adivinaba en la expresión de su avinagrado semblante que á quien echaba la culpa de todo era á doña Engracia. Y en cierto modo no le faltaba razón. Ya que no le hubiera dejado irse él solo siquiera á hacer bulto entre los que defendían la ciudad, debían uno y otro haberse encerrado, cuando aún era tiempo, dentro de sus muros. Es verdad que allí les hubieran alcanzado las estrecheces y penalidades del sitio, que hubieran estado expuestos á cada paso á que el hundimiento de un edificio ó un casco de metralla diera al traste con sus tranquilas y reposadas existencias. Pero ¿qué era todo aquello comparado con las angustias y tormentos que pasaban allí sin poder saber lo que en Zaragoza acontecía?

Aquella maldita guerra, no sólo había roto los armisticios y tratados de alianza firmados entre Carlos IV y Napoleón, sino que (y esto si menos trascendental no dejaba de ser doloroso) había turbado la paz de aquel matrimonio, en que por espacio de más de treinta años no había habido el menor asomo de divergencia.

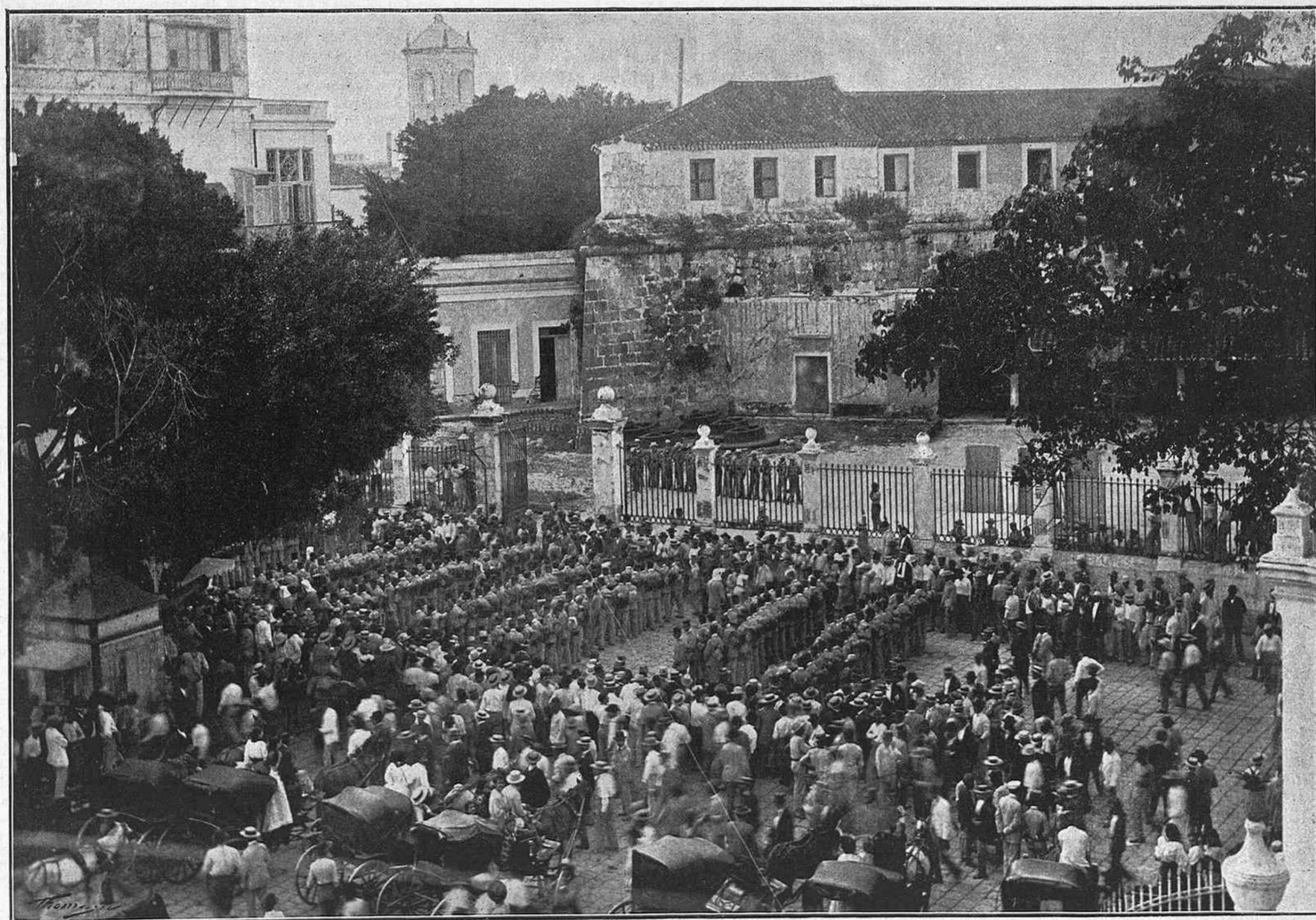
Los primeros chispazos del glorioso levantamiento nacional, que iniciado en Madrid el memorable 2 de Mayo de aquel año, había cundido á los más apartados rincones de la península, sorprendieron á D. Julián y á doña Engracia en la torre en que acabamos de trabar conocimiento con ellos.

El único hijo que tenían, Martín, hacía más de dos años que cursaba letras humanas y divinas en la universidad de Salamanca, y este fué el primer escollo en que la armonía conyugal del vetusto matrimonio se vió comprometida seriamente.

D. Julián, que se preciaba de llevar en sus venas la sangre de Cerdanes y Lanuzas, cuando no sin trabajo llegó á convencerse de que de nada sirve el entusiasmo á quien ya no tenía fuerzas para echar sobre sus hombros las no pocas libras que pesaba un fusil de los de aquel entonces, pensó en escribir á su hijo, intimándole á que dejara la Instituta y la Teología moral para más tranquilos días y acudiera en defensa de la patria, que era en tal sazón el primero y más apremiante de los deberes de todo buen español. Pero á doña Engracia, que era madre antes que todo, le pareció la idea más descabellada del mundo eso de exponer la vida de su hijo; trató de loco de atar á su marido, y tal llegó á ponerse, que D. Julián se



ISLA DE CUBA. - Desembarco en el muelle de la Habana de las tropas conducidas por el vapor *Antonio López* (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)



ISLA DE CUBA. - Revista de las tropas que condujo á la Habana el vapor *Antonio López*, efectuada en la plaza de Armas, delante del cuartel en que aquéllas se alojaron (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

distaba mucho de revelar el alborozo propio de quien a su hogar, y hogar tan querido, torna.

Pálido, anublada una frente que todavía no habían tenido tiempo de surcar los años y con una reserva que contrastaba notablemente con la alegría que su llegada despertaba, más parecía poner su empeño en contener una lágrima que pugnaba por escaparse de sus ojos, que no en participar del júbilo general.

Su padre debió ser el primero que notara aquellos síntomas, puesto que cambiando de pronto de fisonomía, preguntó al mozo con serenidad:

— ¿Cómo aquí?

Martín bajó la frente y quiso balbucear una excusa que no logró sino hacer que el entrecejo del autor de sus días se frunciese de manera aterradora.

— ¿Habrás abandonado tu puesto? ¿Serás traidor a tu patria y a tu honra?, rugió el viejo con acento terrible.

— ¿Olvida usted que llevo su nombre?, se limitó a contestar el mancebo con entereza.

— Entonces ¿es que la ciudad se ha rendido?, volvió a preguntar el anciano con dolorosa ansiedad.

— Zaragoza resiste y resistirá mientras le quede una sola piedra de su muralla, y a falta de ella el pecho de un aragonés que oponer a la metralla francesa.

D. Julián respiró con orgullosa satisfacción, y cambiando de tono exclamó:

— No siendo nada de eso, ¡habla con dos mil de a caballo y no prolongues más mi impaciencia!

Martín clavó los ojos dolorosamente en su madre y murmuró con voz apenas perceptible:

— ¡No puedo, no puedo!

Y después de una pausa llena de interrogaciones de parte de los que le escuchaban, dijo haciendo un supremo esfuerzo y dirigiéndose exclusivamente a D. Julián:

— Lo que tengo que decir debe oírlo usted solo.

Doña Engracia quiso protestar; pero el mozo no encontrando otro medio de cortar la palabra, se arrojó en sus brazos sollozando como un niño, mientras balbuceaba:

— Cuando usted sepa de lo que se trata, me perdonará.

Y cosa extraña, aquella dama cuyo indomable carácter parecía imposible de doblegar, plegándose humildemente a la voluntad de su hijo, salió de la estancia cerrando tras de sí la puerta.

III

Cuando D. Julián se vió al fin á solas con Martín, lanzó uno de aquellos ternos secos y redondos con que trataba en vano de intimidar á su esposa, y gritó:

— ¿Qué pasa?

— Va usted á saberlo todo. Conozco el temple de su alma y por eso no dudo en decirle la verdad desnuda. El golpe es tan rudo, sin embargo, que es preciso que se acuerde de que es español y aragonés.

— Habla.

— «Esta tarde, comenzó el mancebo con voz sorda, pero segura, á unos cuantos mozos que acabábamos de ser relevados de la guardia que hacía veinticuatro horas prestábamos en el Portillo, nos ocurrió la idea de hacer una salida de la plaza. Tales tentativas están terminantemente prohibidas bajo severísimas penas; pero ¿qué quiere usted?, los mozos somos mozos y nadie manda en su sangre cuando ésta se enciende. El fuego que desde San Lázaro había estado haciendo la artillería francesa había cesado desde la mañana, y esto nos indujo á creer que el enemigo, poniendo más empeño en reforzar sus líneas por la parte de Torrero, si no había abandonado por completo aquella posición, la dejaba en un desamparo que podía favorecer nuestra atrevida empresa.

»Que del todo no nos engañábamos lo dice la relativa facilidad con que logramos llegar á las primeras avanzadas. Nuestra imprevisión la declara el que alentados por el éxito osamos traspasarlas sin ver que cualquiera que fuese la fuerza que nos saliera al paso había de ser superior á la escasísima nuestra, y que además no contábamos con auxilio alguno dentro de la plaza que hiciese provechoso nuestro esfuerzo.

»El enemigo, que debía haber observado nuestro movimiento, bien porque no dispusiera de más tropas, bien porque no creyera necesarios mayores alardes, después de habernos dejado traspasar los primeros revellines, nos cortó la retirada con una compañía de línea.

»El choque fué rudo. Desde el momento comprendimos que sólo se trataba de vender caras nuestras vidas, y de tal modo batimos el cobre, que de los ca-

torce hombres de que se componía nuestra columna sólo cinco lograron emprender la retirada y ocho quedaron sobre el campo.

»Yo, menos afortunado que estos últimos, agotado el último cartucho y hecho pedazos el fusil, tuve que rendirme á discreción.»

El mozo hizo aquí una pausa. Su padre, lívido como un cadáver, sólo acertó á murmurar:

— ¡Sigue!

— «El capitán que mandaba la fuerza me miró con lástima y murmuró en regular castellano:

— «Joven, crea usted que lo siento. Su bizarría era digna de otra suerte; pero de sobra conoce la consigna que tenemos. Dispone usted de unas horas. Antes de rayar el día será usted pasado por las armas.

— «Al salir de la plaza sabía el peligro á que me exponía, contesté con firmeza. Mi mala suerte está sólo en no haber muerto como mis compañeros.

— «¿Tiene usted alguna gracia que pedirme?, preguntó con tono bondadoso el oficial.

— «La única que me atrevería á esperar, tal vez no esté en su mano concedérmela.

— «Hable usted.

— «A media hora escasa de camino y fuera de la línea de cerco está la casa en que viven mis ancianos padres. Haga usted que me acompañen cuatro números, tome cuantas precauciones quiera y déjeme darles mi postrer adiós.»

El capitán me miró con asombro. Indudablemente iba á denegar una pretensión que rayaba en el absurdo, cuando de pronto se volvió á mí diciendo:

— «Mucho he oído hablar de la hidalguía de los españoles, y aunque puede salirme cara la prueba, voy á saber por mí mismo si es tanta como se dice. Distraer un solo número sería arriesgar más que la vida. Dejarle ir solo adonde desea, no está reducido á más que á cambiar de puesto con usted. Vaya donde le plazca. Sólo tengo que advertirle que las ordenanzas militares no tienen entrañas. Al amanecer se formará el cuadro. Si está de vuelta, cumpliré mi triste deber: si no, el fusilado seré yo. Ahora puede hacer lo que quiera.»

Por toda respuesta le tendí la mano murmurando:

— «¡Hasta luego!

— «¡O hasta la eternidad!, me contestó con sonrisa de duda.»

IV

Cuando Martín acabó su relato, su padre que había caído al escuchar sus últimas palabras en un sopor que no le dejaba darse cuenta de la realidad, pareció de pronto sacudir una importuna pesadilla, y asiendo á su hijo del brazo, como si quisiera arrancarle una contestación que resolviera el terrible conflicto, gritó:

— ¿Y qué vas á hacer?

— Cumplir mi palabra.

— ¡Morir!, sollozó D. Julián, que ante la voz de la sangre sentía apagarse todos sus entusiasmos. ¡No, no! Aquí estás seguro. ¡Que vengan á buscarte! Viejo soy; pero para defender tu vida me sobran alientos contra todos los ejércitos de Napoleón.

Martín contempló con lástima al anciano. Aquel dolor le destrozaba el pecho de manera cien veces más desgarradora que las balas. Sin embargo, aún tuvo fuerzas para tomar la mano del viejo y decir con acento de profunda convicción:

— Muerto, podrá usted llorarme y bendecir mi memoria. Deshonrado, acabaría por sentir justo odio al que con su vida mancharía un nombre que immaculado y puro recibió de sus mayores.

— ¿Y qué me importaba un nombre que tú sólo podías ya conservar?

— Padre, el dolor le ciega.

— Prueba de que ciego ó no has de hacer mi voluntad, te advierto que para salir de aquí no has de tener otro remedio que hollar este miserable cuerpo. ¡Pasa si te atreves!

Y al decir esto el viejo se colocó delante de la puerta de la sala dispuesto á no dejarse arrancar de allí.

Martín, arrepentido del paso que había dado, retrocedió con dolorosa desesperación; pero irguiéndose en seguida, olvidado en parte de los respetos que sellaban su labio, exclamó:

— ¡Puesto que usted lo quiere, sea! Pero desde este momento sepa que en su casa alberga al más ferviente y entusiasta de los afrancesados.

— ¿Afrancesado tú? ¿Tú traidor á tu patria? ¿Tú manchando?..

— Mi honra no. De eso no puede hablarse ya bajo este techo. La mancha que acaba usted de echar sobre mi nombre alcanza á la patria por que yo sacrificaba mi vida. Hoy, de bandera que cobija á mise-

rables como yo, de pueblo que recibe lecciones de hidalguía de los que nos hartamos de apellidar traidores y viles, reniego... ¡Viva Nap!..

No pudo acabar. El viejo, abandonando la posición que con tanto empeño defendía, se lanzó como un tigre sobre su hijo, que le esperó inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho. Sin embargo, antes de llegar á él se detuvo.

La puerta acaba de abrirse por fuera. En su penumbra se veía la figura pálida y sombría, pero transfigurada, de doña Engracia, que dejando el paso libre, decía con terrible majestad:

— ¡Martín, cumple con tu deber!

V

Después del largo y doloroso beso que los dos ancianos habían depositado en la frente de su muy querido hijo, ni el más leve rumor volvió á oírse en la estancia.

Habían transcurrido algunas horas, y ya esos indecisos resplandores que preceden al alba comenzaban á teñir el horizonte, cuando se oyó lejano, pero claro y distinto, un ruido seco y breve.

Era una descarga de fusilería.

— ¡Ya!, gritaron los dos viejos con indescriptible expresión, cayendo de rodillas ante la urna de la Virgen del Pilar.

Y luego, en pos de una pausa, larga, muy larga, doña Engracia, levantándose con algo de la actitud de la leona á quien acaban de robar sus cachorros, rugió:

— ¡Ahora á Zaragoza!

— ¿A qué?, preguntó con desaliento D. Julián.

— A no dejar que el extranjero ponga su planta en la tumba de ese mártir. ¡Esa, esa es la patria!

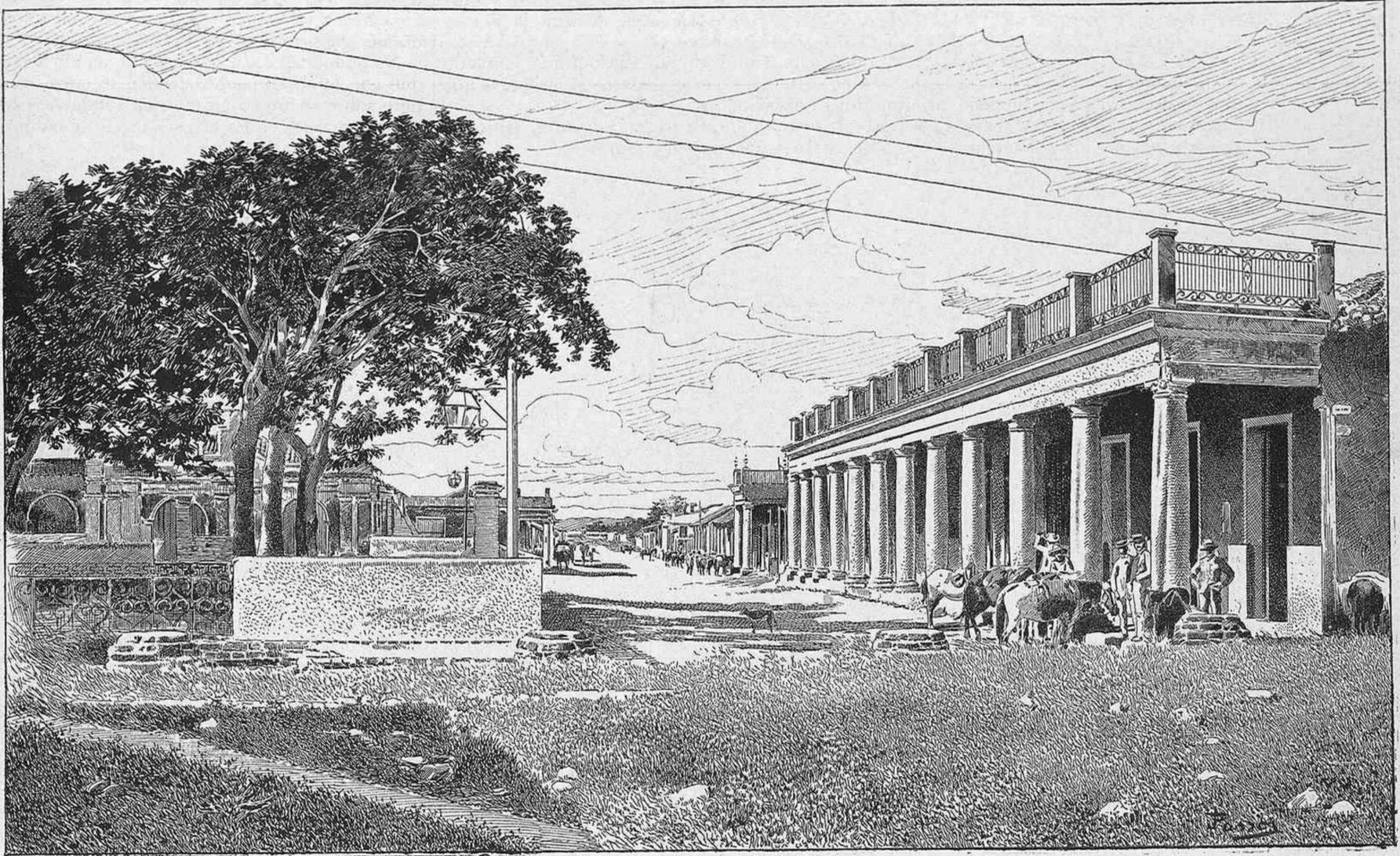
ANGEL R. CHAVES

NUESTROS GRABADOS

Mademoiselle Eugenia Buffet cantando en los patios de París.— Podrá ser la capital de Francia el centro del vicio, como muchos aseguran; pero nadie negará, en cambio, que en ninguna otra ciudad reviste la filantropía tantas formas nuevas ni alcanza tan grandes proporciones como en ella. París marcha siempre á la cabeza de todas las capitales del mundo cuando se trata de abrir suscripciones para remediar grandes catástrofes, así nacionales como extranjeras, y sus instituciones benéficas sostenidas por los donativos de particulares y corporaciones pueden servir de modelo á las poblaciones que sólo tienen censuras para su corrupción y ligereza de costumbres, más superficiales que de fondo, y no saben aprender de ella cómo se auxilia á los desvalidos. Mas no sólo por sus larguezas se distinguen los parisienses; hácese notar, además, por la originalidad de que dan pruebas, como en todo, en punto á la manera que de ejercer la caridad tienen. Una muestra de ello es el espectáculo que presencié París hace poco tiempo y del cual da idea el grabado que en nuestra primera página reproducimos: una célebre cantante de café-concierto, Mlle. Eugenia Buffet, concibió el generoso pensamiento de ir á cantar, en compañía de algunos de sus camaradas, por los patios de las casas, destinando á los pobres todo lo que recaudara. El éxito más completo coronó su empresa, que fué durante muchos días la verdadera atracción de aquella capital: Mlle. Buffet, seguida siempre por un numeroso grupo de curiosos y admiradores, fué cantando de patio en patio las canciones populares que constituyen su especialidad, y al par que cosechaba en todas partes entusiastas aplausos, caían en abundancia en la bandeja monedas de cobre y de plata que luego sirvieron para remediar no pocas necesidades.

El primer desengaño, cuadro de Walter Langley.— Los dramas más terribles no suelen ser siempre aquellos que con más aparato se ofrecen á nuestros ojos: hay historias sencillas que producen en nosotros emoción más honda que algunas tremendas catástrofes, como hay accidentes en la vida que conmueven más que la muerte misma. Hubiera pintado el autor del cuadro que reproducimos á su protagonista tendida en su lecho mortuorio, y la impresión que nos habría causado la contemplación de su cadáver no hubiese á buen seguro sido tan intensa como la que despierta el espectáculo de su desconsuelo y de su abatimiento, indicios inequívocos de que el primer desengaño ha destruido en ella algo más que una ilusión amorosa y de que el causante de su dolor al abandonarla se ha llevado algo que ella estimaba en más que la existencia. El célebre pintor inglés Langley ha expresado todo esto en el hermoso lienzo que tantos elogios mereció cuando fué expuesto en la Real Academia de Londres: la figura principal de ese cuadro, que se cubre el rostro con las manos como para ocultar su pena y su vergüenza, es un portento de expresión y sobriedad; la de la anciana que apenas puede retener las lágrimas que pugnan para asomar á sus ojos y que á pesar de ello trata de consolar á la joven ó infundirle cuando menos resignación y calma, forma con aquélla un grupo sentidísimo, y el tosco banco de piedra en que se sientan y el mar tranquilo que en el fondo se extiende, sin distraer la atención del punto principal forman alrededor de éste un marco hermoso en cuya ejecución se advierte fácilmente la mano del maestro consumado que completa la labor del artista inspiradísimo.

Napoleón I en la batalla de las Pirámides, cuadro de Dumaresq.— Digan lo que quieran ciertos críticos é historiadores que de algún tiempo á esta parte se han propuesto empequeñecer á Bonaparte, la figura de éste ocupará siempre varias de las páginas más gloriosas de la historia de

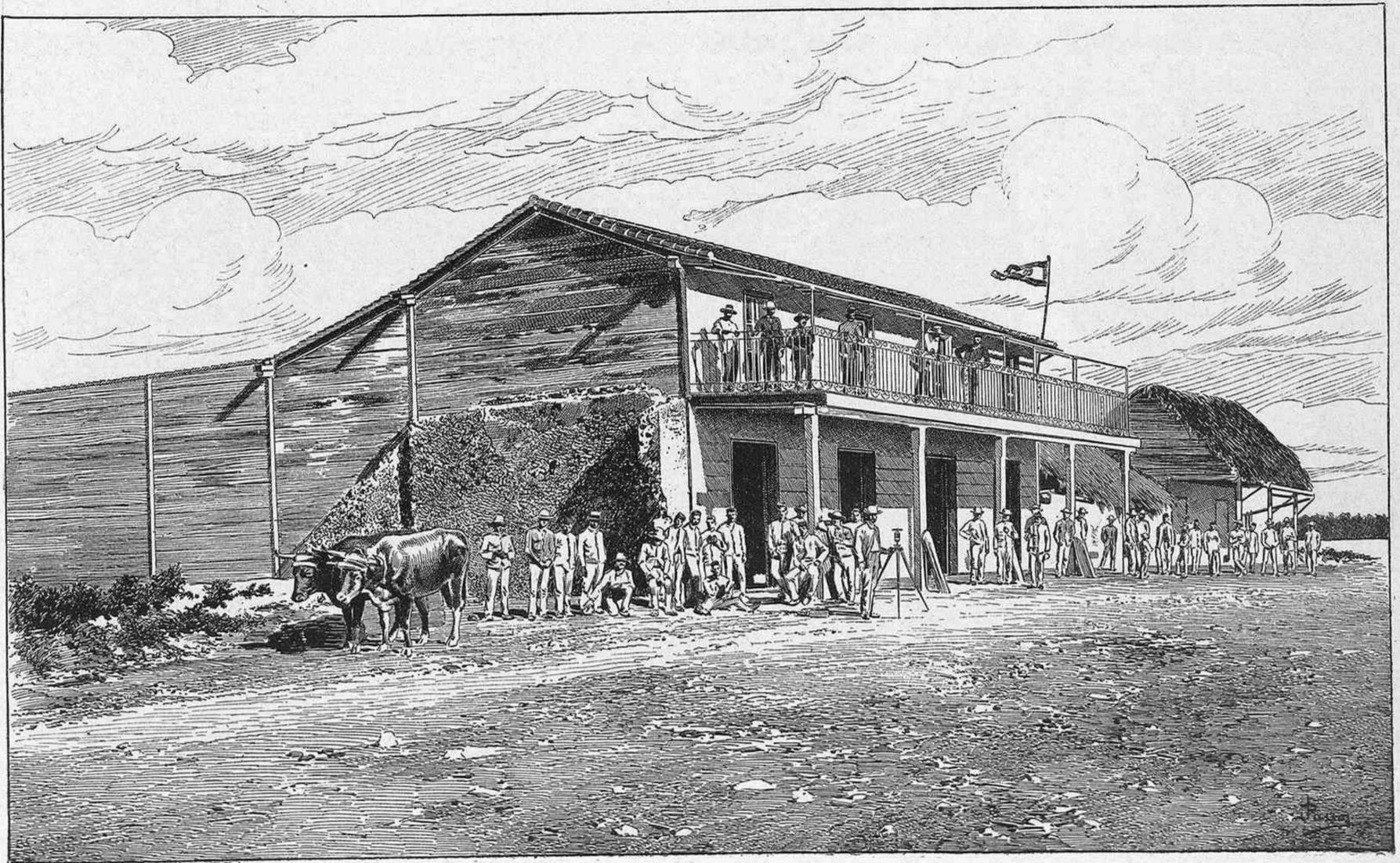


ISLA DE CUBA. - Calle Real ó de Campoamor de Victoria de las Tunas, dibujo de Passos, tomado de una fotografía de D. Manuel Martínez Otero

Francia. El sentimiento nacional francés, que desprecia ciertas minucias de la crítica histórica, sigue profesando un verdadero culto al que en los momentos más difíciles supo elevar á su patria á un grado de poderío hasta entonces no conocido, y en lucha con los pueblos más fuertes de Europa, llevó á la victoria á los ejércitos de la República y del Directorio y paseó triunfantes durante larga serie de años las águilas imperiales. El arte, expresión fiel de lo que siente un país en un momento dado,

confirma nuestro aserto, pues haciendo caso omiso de esa propaganda hostil á Napoleón I, no ha cesado de inspirarse en los grandes hechos del capitán de nuestro siglo y no hay exposición en que varios cuadros no recuerden aquella época brillante de la nación francesa. En el Salón del presente año llamaba poderosamente la atención el lienzo de Dumaresq que reproducimos: representa los últimos momentos de la memorable batalla de las Pirámides que terminó con el aniquilamiento de los

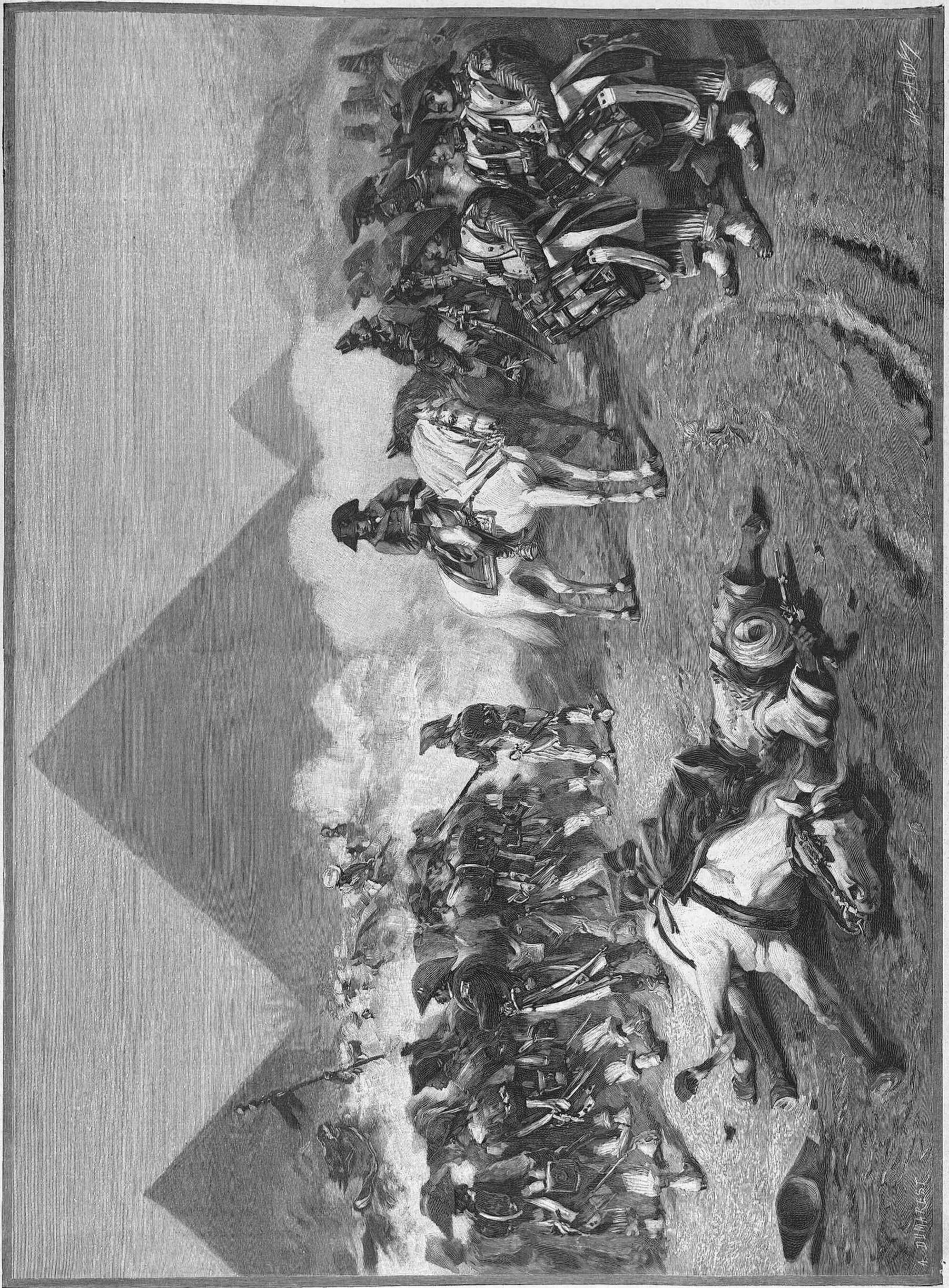
mamelucos, y es por decirlo así una apoteosis guerrera, en medio de la cual, entre el humo de la pólvora y rodeado de sus bravos soldados, surge el joven general vencedor contemplando el resultado del combate con la impassibilidad del que de antemano está seguro del triunfo. Esta magistral composición, digna de las más hermosas páginas clásicas, hace gran honor al pintor que la ha concebido y se contará siempre entre las mejores por él producidas.



ISLA DE CUBA. - Destacamento de infantería del regimiento Habana y casa comercial de los Sres. Figueras y hermano, exportadores de maderas y frutos del país, en Manatí (Santiago de Cuba), dibujo de Passos, tomado de una fotografía de D. Manuel Martínez Otero



EL PRIMER DESENGAÑO, cuadro de Walter Langley, exhibido en la Real Academia de Londres



BONAPARTE EN LA BATALLA DE LAS PIRÁMIDES, cuadro de Dumarest, grabado por Baude (Salón de los Campos Elíseos de París, 1895)

La eminente actriz Sarah Bernhardt en el papel de Gismonda.

Cuando este número llegue á manos de nuestros suscriptores, el público de Barcelona habrá admirado y aplaudido una vez más á la eminente actriz, con cuyo retrato se honran hoy las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. La anticipación con que ha de confeccionarse el periódico no nos permite esperar á dar cuenta del éxito conseguido por Sarah Bernhardt, y aunque no es difícil preverlo y en casos como éste puede cualquiera actuar de profeta y agotar el repertorio propio de los grandes triunfos, sin temor de equivocarse y ponerse en ridículo, preferimos dejar nuestras impresiones para el próximo número. En el presente nos limitamos á dar la bienvenida á la artista ilustre, y no incurriremos en la vulgaridad de dirigirla frases encomiásticas, porque los verdaderos genios como Sarah Bernhardt superan á todo cuanto en su honor decir pudiéramos y llevan en sí mismos su mejor elogio, su nombre, que la fama universal pregona y ante el cual se inclinan con tanto respeto como admiración los amantes del gran arte. Sarah Bernhardt es indiscutible, y por lo mismo no necesita alabanzas: el mundo entero ha consagrado su talento, reconociéndola como una de las primeras actrices de nuestro siglo, y la posteridad escribirá con letras de oro su nombre en los anales del arte dramático francés.

El general de brigada D. Francisco de Borja Canella. — Hace pocos días ha sido ascendido á general de brigada el militar ilustre cuyo retrato publicamos en esta página. La causa inmediata de este ascenso, como pocos merecido, ha sido el heroico comportamiento del entonces coronel Canella en el combate de Sao del Indio ó de Ramón de las Yaguas, en donde luchando contra fuerzas insurrectas cuádruples á las que él mandaba y posesionadas de posiciones tan ventajosas que podían considerarse inexpugnables, derrotó por completo y puso en fuga á las partidas de los hermanos Maceo. Esta gloriosa acción, cuya importancia se equipara á la que tuvo la de Peralejo, de la que nos ocupamos en uno de nuestros anteriores números, se trabó el 31 de agosto último, habiendo durado el combate principal desde las cinco de la mañana hasta la una de la tarde, hora en que se dispersaron los insurrectos, los cuales, sin embargo, no cesaron en el resto de aquel día y durante buena parte del siguiente de hostilizar á la columna en su marcha á Guantánamo.

D. Francisco de Borja y Canella, héroe de aquella memorable jornada, nació en Oviedo en 1848, y después de haber hecho sus estudios en el Seminario de Vergara, ingresó en la Academia de Toledo, de donde salió con el grado de sargento. Era ya oficial cuando estalló la revolución de Septiembre y en la memorable batalla de Alcolea peleó á las órdenes del marqués de Novaliches, siendo de los primeros que intentaron pasar el puente. Peleó contra los carlistas en Cataluña hasta que en 1870 fué destinado al ejército de Cuba, en donde se le dió el mando de una guerrilla con la cual realizó muchas proezas. Terminada aquella campaña regresó á la península con el empleo de comandante graduado de coronel y al poco tiempo pasó á Filipinas y allí obtuvo el inmediato ascenso; volvió á España por causa de enfermedad; mas apenas restablecido, regresó, á petición propia, á aquel archipiélago. Ascendido á coronel, mandó el regimiento de Visayas primero y una media brigada después, habiendo regresado á la península en 1894, en que fué destinado á mandar el regimiento de reserva de Córdoba. En esta situación se hallaba cuando estalló la actual insurrección, y á pesar de que estaba próximo al ascenso por antigüedad, fué de los primeros en solicitar el pase á Cuba, adonde marchó en el



El general de brigada D. Francisco de Borja Canella, vencedor en el combate de Sao del Indio (Isla de Cuba)

mes de abril último y en donde le fué confiado el mando de una media brigada y después accidentalmente de una brigada, la tercera de la primera división del ejército en campaña, al frente de la cual ha batido constantemente á los separatistas y ha conseguido últimamente la importante victoria por la cual ha sido ascendido al generalato.

El brigadier Canella además de bravo y experto militar es un escritor distinguido: en Manila dirigió un periódico dedica-



SARAH BERNHARDT EN EL DRAMA «GISMONDA» DE SARDOU

do al ejército, y tiene escritas algunas notables obras de táctica y estrategia.

Las corporaciones populares de Asturias han tomado solemnes acuerdos en honor del brigadier Canella, y entre ellas el Ayuntamiento de Oviedo en sesión de 13 de septiembre último acordó felicitar al ilustre ovetense y á las tropas de su mando por la victoria de Ramón de las Yaguas, y en caso de que el gobierno le premiara por éste y anteriores gloriosos hechos de armas, ofrecerle las insignias de mando ó, en otro caso, una espada de honor.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — ATENAS. — Según decreto del gobierno griego, los trabajos de restauración del Partenón se ejecutarán con arreglo á los dictámenes de Durm y del arquitecto francés L. Magne.

ROMA. — Con motivo de las fiestas celebradas en conmemoración del vigésimo quinto aniversario de la entrada de las tropas italianas en Roma, se inauguraron el día 20 de septiembre último en aquella capital, además del monumento á Garibaldi, del que nos ocupamos en el número 719 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, otros dedicados á Cavour y á Minghetti y una columna conmemorativa del asalto á la Puerta Pia.

El monumento á Cavour está situado en los Prati de Castello, y su altura total es de 17'50 metros: la estatua está de pie y mide cinco metros de altura; debajo de ella y apoyados en el basamento hay cuatro grupos alegóricos, que representan el primero á Italia con Roma por capital, el segundo la fuerza del derecho plebiscitario simbolizada por un león, á cuyo lado se ven una urna y una bandera; el tercero el Pensamiento, y el cuarto la Acción. La estatua y los grupos son de bronce y han sido modelados por el escultor Esteban Galletti.

El monumento á Minghetti es obra del escultor Lio Gangeri; la estatua de Minghetti representa á éste en actitud de hablar. En el lado anterior del pedestal un grupo de mármol simboliza la Política y el Pueblo; en el posterior hay esculpido en bronce un mapa de Italia entrelazado con una corona.

La columna conmemorativa del asalto de la Puerta Pia álzase cerca de ésta en el corso Italia: su basamento se eleva sobre tres gradas, y en lo alto de la columna, cuya elevación es de 7'20 metros y sobre un globo en que se lee 1870, se levanta la estatua alada de la Victoria con la estrella de Italia en la cabeza y sosteniendo con la mano izquierda el haz consular y con la derecha la palma.

BARCELONA. — El Excmo. Ayuntamiento ha publicado la convocatoria y el reglamento de la *Exposición general de Bellas Artes é Industrias esencialmente artísticas*, que bajo la protección de S. M. la Reina Regente y de Sus Altezas Reales se abrirá el día 23 de abril de 1896, y se cerrará el día 29 de junio del propio año. Serán admitidas en la exposición, previo examen del Jurado correspondiente, las obras que no habiendo figurado en las anteriores ni sido expuestas públicamente en Barcelona, estén comprendidas en la clasificación siguiente:

Sección de Bellas Artes. — Pintura, grabados en todos sus procedimientos y modelos de escenografía. — Escultura en sus diversas clases y procedimientos. — Arquitectura en sus diversas manifestaciones artísticas.

Sección de Industrias Artísticas. — Metalistería, joyería, platería, esmaltes, cerrajería, fundición y reproducción de objetos de arte en toda clase de metales. — Cerámica y vidriería: porcelana, loza, alfarería, vidrios pintados y grabados, mosaicos é incrustaciones de marcado carácter artístico. — Carpintería y ebanistería en su concepto de aplicación artística. — Tapicería: tejidos, estampados, guadamacilería, encajes y bordados.

Cada expositor no podrá presentar más de cuatro obras por cada grupo, pudiéndose aceptar mayor número, á juicio del Jurado, cuando la naturaleza del asunto lo exija y las condiciones del local lo permitan. Las obras pertenecientes á particulares no podrán ser admitidas sin autorización escrita del autor, que será considerado como expositor.

El plazo para la recepción de las obras será desde 20 de marzo hasta las seis de la tarde del 1.º de abril de 1896, debiendo aquéllas ser presentadas en el Palacio de Bellas Artes por el expositor ó su representante debidamente autorizado.

Un jurado de admisión examinará las obras que se presenten y rehusará las que por cualquiera de sus condiciones considere que no deben figurar en la exposición, siendo sus acuerdos en este particular inmediatamente ejecutivos.

Los gastos de transporte de ida y vuelta correrán á cargo del expositor, exceptuándose las obras de los autores que resulten premiados, las cuales serán devueltas á los mismos, corriendo á cargo del Ayuntamiento los gastos de reexpedición. Tendrán franquicia completa de transporte en la expedición y reexpedición de las obras que presenten aquellos artistas y artífices nacionales y extranjeros que sean especialmente invitados por el Ayuntamiento para concurrir á la exposición.

Para proceder á la formación del Jurado de recompensas, los expositores de la sección de Bellas Artes, convocados especialmente á los diez días de abierta la exposición, elegirán en votación secreta y separada cuatro vocales para el grupo de la pintura, dos para el de escultura y dos para el de arquitectura. En la misma fecha y por igual procedimiento los expositores de la sección de Industrias artísticas elegirán dos individuos para cada uno de los cuatro grupos en que se subdivide dicha sección. Formarán también parte del Jurado la Comisión ejecutiva y el Presidente y el Secretario de la organizadora.

El jurado de recompensas podrá conceder un premio de honor, al cual se asigna, para la adquisición de la obra que lo obtenga, la cantidad de 10.000 pesetas, y medallas de primera, segunda y tercera clase, acompañadas del correspondiente diploma, no pudiendo exceder el número de premios del cinco por ciento de las obras expuestas en cada grupo. El premio de honor podrá concederse á una obra de cualquiera de las dos secciones.

El Jurado, previa la debida tasación y teniendo en cuenta la cantidad de que se dispone, señalará, de entre las obras premiadas, las que por su mérito superior considere dignas de ser adquiridas con destino á los Museos Municipales.

Figurarán además en la exposición una sección especial destinada á las reproducciones de las obras clásicas de Arquitectura, Escultura, Pintura y Artes suntuarias.

El Excmo. Ayuntamiento destina á la adquisición de obras premiadas en la exposición la cantidad de 75.000 pesetas, pagaderas en moneda española.

Teatros. — En el Drury Lane de Londres se está representando actualmente con gran éxito un melodrama de gran espectáculo, titulado *Cheer, Boys, Cheer!*, obra de Augusto Harris, Cecilio Raleigh y Enrique Hamilton, que abunda en grandes efectos escénicos y cuya acción se basa en la muerte de Wilson y sus compañeros en la guerra de los ingleses contra los matebeles.

— El compositor francés Reyer, autor de la ópera *Sigurd*, ha terminado el cuarto acto de su nueva obra *Le capucin enchanlé* que, según él dice, está destinada al teatro wagneriano de Bayreuth.

— La emperatriz del Japón ha ordenado la reorganización del teatro japonés, tomando para ello por modelo los teatros europeos: por encargo de la soberana, las principales obras del repertorio clásico de todos los pueblos serán traducidas al japonés para ser representadas en aquel país. En la representación de las mismas los papeles femeninos serán confiados á mujeres, que, como es sabido, hasta ahora habían sido excluidas de la escena en el Japón, en donde los varones desempeñaban los papeles de ambos sexos. Entre las obras ya traducidas figuran *Hamlet*, *El rey Lear*, *Edipo* y *La desposada de Messina*.

Madrid. — Se han estrenado: en el teatro Martín con buen éxito una zarzuela en un acto *La caza del tigre*, letra de los Sres. Rodríguez y Muñoz, y música, muy bonita, del maestro San José; y en la Comedia, con éxito regular, una comedia en tres actos del Sr. Sánchez Pérez, *La gente nueva*, admirablemente escrita, pero de argumento y acción poco interesantes.

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *La labradora*, drama en seis actos, muy bien arreglado á la escena española por D. Salvador M.ª Granés, y *La vara de alcalde*, graciosa pieza en un acto de D. Eduardo Vidal y Valenciano, y en el Eldorado *Dolores... de cabeza*, chistosa parodia de la ópera *La Dolores*, del Sr. Granés.

Necrología.

— Han fallecido: Alfredo Verwee, notable pintor de animales y paisajista belga.

Augusto Tebaldi, uno de los más célebres psiquiatras de Italia, director de la clínica psiquiátrica de la universidad de Padua y autor de multitud de obras y monografías importantes.

Ausonio Franchi, el famoso escritor italiano que después de haber abandonado el estado eclesiástico y escrito varias obras racionalistas, volvió al seno de la Iglesia Católica, abjurando de sus doctrinas y encerrándose en un convento de Génova.

ABANDONADA

NOVELA DE ENRIQUE GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE SALVADOR AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

— Es una mujer joven todavía, vestida con un traje obscuro y que va acompañada de una hermosa niña de tres años y medio. Supongo que el tren no habrá sufrido ningún accidente.

— Ninguno, en efecto.

— ¿No podríais saber si por uno u otro motivo se habrán visto obligadas á bajar en algún punto del camino?

— Lo ignoro; pero en tal caso, será porque así lo habrán querido, ya que no ha habido fuerza mayor.

El empleado salió con paso rápido. Monfort quedó inmóvil, combatido por mil distintas ideas que le atenaceaban el corazón.

— ¿A qué hora llega el siguiente tren de París?, preguntó á un mozo.

— A las cinco. Pero ¡jea, marchaos!

Monfort tomó de nuevo el camino de los muelles.

— No habrán llegado á tiempo al tren, murmuró; pero bien podían habérmelo teleografiado, añadió con amargura.

De pronto recordó que se había olvidado de dar su dirección á su esposa y entonces comprendió su imprudencia.

— No hay otro remedio que aguardar el tren de las cinco, dijo. Estoy convencido de que habrán llegado tarde á la estación, lo que siempre sucede á las mujeres.

Dieron las tres. Volvió á la agencia donde fuera ya por la mañana.

— ¿Lo ha pensado usted bien?, le dijo el agente.

— Sí, señor, estoy conforme, respondió Monfort.

— Tiene usted que partir esta madrugada.

— Estoy decidido á ello.

— Note que la colocación es buena. Seis mil francos de sueldo fijo y un tanto por ciento de los beneficios.

— Lo sé.

— Pero no parece usted tan resuelto como esta mañana en que parecía que le dominaba el mayor entusiasmo.

— Es que tenía que llegar mi mujer y he ido á la estación á esperarla y no ha venido.

— ¡Bah! ¡No haga usted caso! Eso sucede cada día. Si quiere seguir mi consejo, retenga por adelantado el camarote.

— Ya lo hice.

— Procure no retrasarse, porque perdería el precio del pasaje y además, y esto es lo más grave, el empleo que le he prometido lo ocuparía otro, porque es imposible que esté vacante. Voy á telegrafiar su llegada y ya es cosa hecha.

— Bien, caballero.

— Aquí tiene usted el adelanto prometido, continuó el agente, sacando del cajón un billete de banco. Nos veremos á la salida. Hasta aquel momento puede usted buscar á su esposa.

La risa que acompañó á esas palabras hirió lúgubremente el corazón de Monfort. Firmó su contrato y el recibo y luego se marchó más taciturno que nunca.

Apenas eran las tres y media. No atreviéndose á volver en seguida á la estación, se entretuvo en pasear por uno de los muelles donde se estaban verificando obras. Aquel lugar desierto, tan diferente por la animación de los otros muelles, placía á su espíritu y le confortaba.

En vano intentaba tranquilizarse con la idea de que María había perdido el tren, pues esta explicación, que parecía natural, no bastaba á calmar sus dudas. A pesar suyo, mil recuerdos penosos y disensiones dolorosas se presentaban á su memoria y se levantaban ante él como amenazadores fantasmas.

¡Cuántas veces María le había dicho: «Estoy cansada de esta vida!»

Efectivamente, podía ser que se hallase cansada de aquella existencia que distaba mucho de ser dichosa. ¿Sería en verdad que hubiese retrocedido ante aquel largo viaje, ante la expatriación indefinida que no mostraba siquiera como término halagüeño la imagen de un dichoso porvenir?

— Y sin embargo, yo marchó, se dijo.

«Sí, contestó la voz íntima de su alma. Pero tú sabes dónde vas; sabes que tienes asegurado el pan de cada día, que tienes trabajo y que aquellos que te empleen te tratarán con la consideración que me-

rece un hombre honrado. Y la pobre mujer no sabe siquiera eso... ¿Y si hubiese desfallecido? ¿Si en el momento de partir se hubiese sentido sin valor para ello? ¿Si la vida que él le había dado fuese para ella tan dura, que prefiriese la soledad con la niña?»

Recordando á la niña, Monfort crispó los puños y se mordió los labios. ¡Su esposa no tenía el derecho de robarle la niña, no! Marcela le pertenecía tanto por lo menos como á su mujer.

Se precipitó casi corriendo hacia la estación; distaba mucho de ser la hora de la llegada; pero le parecía que estando allí sufriría menos.

Mirando el reloj, vió que quedaba mucho tiempo

que esperar y se calmó un poco. No queriendo que advirtieran su agitación los obreros y los ociosos que por allí discurrían, buscó un rincón, se sentó y de nuevo se puso á meditar.

¿Qué mucho que María hubiese pensado en separarse de él? Era diestra en todas las labores de mujer, y estaba seguro de que encontraría siempre medio de ganarse su vida y la de su hija. Pero ¿por qué no se lo había dicho jamás? Antes que aquel silencio hostil, desdeñoso, ¿no valía mucho más que le hubiese dirigido sus reproches, aun cuando hubiesen sido injustos?

Una visión casi borrada surgió de los recuerdos del pasado y vió la imagen de su mujer destacarse tal como era algunos años antes, sentada en una silla junto á la mesa de labor, cosiendo sin interrupción y levantando de cuando en cuando sus ojos hacia él, en los cuales se reflejaba una afección tranquila. Cuando abría los labios y le hacía una pregunta y esperaba la contestación interrumpiendo su trabajo, él la contestaba con mal humor y con tono breve y brusco...

Y la mano caía de nuevo sobre la tela, la sumisa cabeza se inclinaba más, y el silencio reinaba de nuevo en aquella habitación, cerrada, en verdad, al frío de fuera, cerrada también al ruido, á la alegría y á la vida de la calle.

Su mujer entonces seguía silenciosamente el hilo de sus pensamientos. ¿En qué pensaba durante aquellas largas horas tan monótonas, tan eternas, en tanto que él pensaba en sus trabajos que bastaban á ocupar su inteligencia y su corazón, tentado por la dificultad vencida ó entretenido por el deseo de saber qué sueños asaltaban la imaginación de aquella mujer que no había sido todavía madre y que apenas había conocido la ternura paternal?

No era ahora sin duda cuando debía recordarlo. Era entonces, antes de que llegara la hora de la desgracia y de los errores cuando debió haberlo pensado, en tanto que la confianza era aún natural entre los dos. ¿Pero no estaba seguro de la honradez y del cariño de su mujer? ¿Podía ver en aquellos ojos tan cándidos, tan claros, algún pensamiento que su marido no hubiese adivinado?

Monfort se dijo, y era verdad, que bajo aquella aparente rudeza é indiferencia, había habido mucha estimación y mucha ternura real.

Sí, pero ella no lo sabía; no veía más que la superficie, pobre mujer triste y cansada. Habría sido preciso que conociera á fondo su alma para que hiciera justicia á aquel marido injusto en apariencia y que tanto la amaba sin embargo.

Monfort lanzó un suspiro de alivio. En medio de todo, nada había perdido. María había sufrido, pero estaba decidido él por su parte á reparar sus faltas. En lo sucesivo se hallaba decidido á ser un buen marido, ahora que veía clara la situación.

En el fondo no había allí sino una mala inteligencia, y eso es fácil arreglarlo; en aquella tierra extraña, apretados estrechamente uno contra otro, no sufrirían



Monfort volvió á colocarse donde había estado por la mañana

los horrores del destierro; se querían mucho más, se conocerían más íntimamente, siendo los tres á un tiempo para sí mismos patria y familia.

El reloj dió las cinco menos cuarto. Reteniendo el paso de sus pies impacientes, Monfort volvió á colocarse donde había estado por la mañana, esperando que María iba á llegar y prometiéndose que, en la alegría de verla, no la reñiría porque hubiese perdido el tren.

V

El tren llegó. Era directo, sin terceras. Los viajeros saltaron pronto; más de una pequeñuela pasó dando la mano á su madre, pero ninguna de ellas tenía los ojos claros de Marcela.

Monfort sintió de repente que una gran cólera invadía su cerebro y que una gran pena desgarraba su corazón. ¿No había llegado? ¿Era que no quería venir? Ya no cabía excusa esta vez, pues tenía dinero suficiente para tomar primera si era preciso. ¿Por qué, pues, torturarle con aquella espera cruel?

Como un furioso corrió hacia el telégrafo y envió el telegrama siguiente á la fonda de París, donde dejara á su mujer:

«¿Por qué no han salido hoy la señora y la niña que llegaron ayer?»

Al enviar aquel mensaje, advirtió con extrañeza que en París no dió su nombre. Eso es lo que le im-

pidió designar más fijamente á su mujer, temiendo que hubiese dado su nombre de soltera ú otro cualquiera, por amor propio ó por capricho.

La contestación pagada llegó tres horas después, tres horas que pasó paseando febrilmente por delante del despacho telegráfico.

«La señora por quien pregunta usted no ha vuelto á la fonda.»

Monfort hizo un movimiento brusco y vaciló. El empleado que le había entregado el telegrama salió precipitadamente de su covacha para sostenerle, creyendo que le había dado un ataque apoplético. Le hizo volver en sí, dió Monfort las gracias maquinalmente al buen hombre, rehusó un vaso de agua que le ofrecía y salió vacilando como un borracho.

¡No había ido á la fonda! Aquel pensamiento atañecía el cerebro de Monfort con la regularidad de un martinete. No sólo no quería juntarse á él, sino que le hacía perder sus huellas. Huía con la niña como una ladrona, á cualquier parte, y él, esposo abandonado, padre sin hijo, iba á partir solo á un país desconocido, como un criminal que marcha al punto de su deportación.

Había querido quedarse, bien claro se veía, para perderse en aquel París donde es tan fácil ocultarse. ¡No había ido á la fonda! Anduvo largo rato sin cuidarse del camino que seguía; de repente se halló en medio de una multitud atareada que le rodeaba y empujaba brutalmente. Tropezó con unos fardos y en el momento de levantar la cabeza gritó una voz ruda.

— ¡Ojo!

El silbido de un cuerpo pesado que hendió rápidamente el aire á algunas líneas de su cráneo, hizo que se bajase instintivamente, y advirtió una caja enorme que ascendía elevada como una pluma por una grúa de vapor.

— ¡Cuidado, eh, cuidado digo! exclamó junto á él una voz más brusca todavía con un juramento soez.

Sintió que le tiraban violentamente del brazo y en el sitio que ocupaba cayó pesadamente una gruesa cadena de hierro con su potente gancho.

— Es preciso que esté usted loco para permanecer ahí, refunfuñó el peón que le había salvado. Si quiere suicidarse, ¿no puede irse á tirar de cabeza al mar en vez de impedir que trabajemos?

— ¿Qué hacen ustedes ahí, preguntó Monfort aún desorientado.

— Cargamos el *Canadá*, que sale esta noche. ¡Ea, largo, que no necesitamos por aquí gandules!

— Soy un pasajero del *Canadá*, dijo maquinalmente Monfort.

— Entonces, pase aprisa, sin lo cual le romperán la cabeza, aunque la tuviera más dura que una bala de cañón. ¡Arriba!

Empujado, objeto de la chacota general, Monfort llegó á la cubierta, del buque y se halló entre dos escotillas abiertas de cuyas oscuras bocas salían gritos, avisos, choques y mil ruidos agudos y confusos. Las dos potentes grúas funcionaban con actividad, sin cesar su ruido ensordecedor; las cajas subían y bajaban, y se movían y se cruzaban las cadenas en el aire con una rapidez que daba vértigo, sin equivocarse, sin chocar jamás.

Potentes reflectores inundaban el entrepuente de una luz tan viva como la del sol; sobre el puente, atestado de fardos, los pasajeros iban y venían buscando sus camarotes, dando órdenes contradictorias, maldiciendo á la gente de á bordo, que no hallaban, por la sencilla razón de que en aquel momento estaba en tierra despidiéndose de sus deudos. Y dominando todos aquellos ruidos, en el fondo, la máquina en presión roncaba poderosamente haciendo vibrar el casco de hierro del navío, que resonaba como el tubo de un órgano inmenso.

Monfort buscó maquinalmente el camarote que había tomado para su mujer y para él; tenía entonces la posesión completa de aquel cuarto, á menos que se le quisiese reembolsar el importe del pasaje de María, cosa poco probable y en la que no pensó siquiera. Lo que buscaba entonces era un poco de aislamiento, un poco de calma, y allí los encontró.

El agua azotaba suavemente la pared de su camarote; del lado del dique todo era reposo y frescura. Los ruidos sólo llegaban á él atenuados, salvo la trepidación del vapor concentrado que vibraba por doquier. Se sentó y estrechó la cabeza entre sus manos.

¡Perdidas, pérdidas las dos! Perdidas para él y para siempre sin duda.

¡Con qué fría maldad había calculado aquella mujer su abandono! Le había engañado excitando su compasión, fingiéndose cansada, pidiendo reposo. Pensando aquello, el corazón de Monfort se llenaba de disgusto y de indignación.

— ¡Pero Marcela! ¡Y mi hija! ¡Y mi pequeñuela!

exclamó. No tenía derecho á quitármela. Ladrona, ladrona de niños.

Dió con la cabeza contra el tabique hasta lastimarse y quedó inmóvil, inerte. Tal desgracia era superior á cuanto jamás había temido. Aun cuando hubiese imaginado los más grandes desastres, nunca pensó que podía apartarse de su lado aquella cabeza de ángel de resplandecientes ojos é inocente sonrisa... Y ahora nada, ¡nada!, menos que si estuviese sepultada bajo tierra marcando una cruz el lugar de su reposo, pues entonces hubiera podido ir á llorar allí, ¡en tanto que ahora!

Salió de su camarote, y empujando cuanto encontró á su paso, salvó de un sólo salto la distancia que separaba el buque del muelle, y corrió como un loco hacia la estación. ¡Aún quedaban trenes; no era posible que María le hubiese abandonado de aquel modo! Por otra parte, iba á partir para París, y la encontraría y de allí se llevaría con él á la niña... Aquel día quedaría vengado de todo cuanto ahora sufría.

Tropezó con alguien que le apostrofó con viveza; y al apartarse sin decir una palabra, oyó que decían:

— ¡Pero... calle! ¿No es usted Monfort, el que debe salir en el *Canadá*? ¿Adónde demonios va? ¿A qué corre? ¿No sabe usted que el buque sale á las dos?

— Sí, sí, respondió Monfort; pero tengo que ir á la estación.

— No haga usted tonterías; la estación está ya cerrada. Acuérdesse de que queda firmado el contrato y el recibo de las arras. Supongo que no tendrá usted la intención de quedar mal.

— No, caballero, dijo Monfort, calmándose de repente; he dado mi palabra y la cumpliré, pero es preciso que vaya á la estación.

Desprendióse con movimiento brusco del agente que le había sujetado por la solapa de la levita y se encaminó resueltamente á la estación.

Paseó al rededor de ella como un loco, escudriñando los oscuros rincones é interrogando á los escasos transeúntes; se detuvo junto á las fondas de poca apariencia y allí dió las señas de su mujer y de su hija, siendo objeto de burla y de chacota por los marinos, cuya tranquilidad turbaba en las ahumadas y bajas salas de los *restaurants*.

Un largo silbido dos veces repetido cruzó por el aire é interrumpió el silencio de la noche. Una campanada sonó largo rato por intervalos iguales.

— ¡El *Canadá* exclamó; todo lo que poseo en el mundo está en el buque, he dado mi palabra y debo partir. Pero volveré, ¡oh, volveré para vengarme!

Corrió con la cabeza baja como un toro furioso, hendió nuevamente la multitud que contemplaba el inmenso paquebot, pasó el puente en el momento preciso en que el capitán daba orden de retirarlo y oyó confusamente la voz del agente de negocios que gritaba:

— ¡Demonio de hombre! He creído que huía. ¡De todos modos, buen viaje!

El buque giró lentamente sobre sí mismo y el agua que movía su hélice potente azotó las piedras del muelle. Luego, arrastrado por un remolcador, salvó los contramuelles; los faros de la Heve le inundaron con su luz eléctrica, en tanto que en Oriente una luz incierta y blanquecina indicaba la aparición de la aurora, todavía lejana; después el buque se dirigió hacia Occidente, y cuando brilló la luz del día, la tierra de Francia no era sino una línea oscura que se dibujaba en el horizonte.

Encerrado en su camarote, Simón Monfort lloraba pensando en su dicha perdida.

VI

Cuando Marcela se despertó en la cama, para ella desconocida, que debía á la hospitalidad, miró al techo y se puso á reír con esa risa adorable de la infancia que, lejos de criticar como nosotros amargamente lo que no conoce, se contenta con reír de ello á mandíbula batiente.

La señora Favrot, que correteaba por la habitación, se volvió á aquel ruido inesperado, y siguiendo la dirección de la mirada de la niña, advirtió que el objeto que causaba aquella risa era un lagarto monumental disecado que estaba suspendido del techo por temor á las ratas. Aquella «pieza curiosa» que había figurado en la tienda del viejo herbolario á quien ella había sucedido, era un objeto de estorbo para la tendera; transportado de uno á otro sitio no hacía sino estropearse y se le caían las escamas, hasta que viendo un día que gustaba á las niñas, que se entretenían llenándole la boca de migas de pan, diciendo que tenía hambre, había sido suspendido del techo del entresuelo, donde, subiendo sobre una silla, Luisa podía alcanzarle con la mano. La otra niña dormía en el cementerio de Montmartre.

Marcela, tendida de espaldas, reía mirando al la-

garto, cuyas patas, separadas como para nadar, presentaban una forma cómica; el rostro de la herbolaria, que se inclinó hacia ella, cambió su alegría en terror.

— Mamá, gritó acurrucándose en la cama hasta hacerse daño con la barandilla.

Los que no han oído jamás el grito del niño perdido que no sabe más que un nombre, que no tiene sino un pensamiento y que lanza sin cesar al cielo aquel nombre que lo encarna, no conocen todavía la piedad en toda su extensión. No hay nada más desgarrador ni nada más indignado que esa llamada del ser inocente, privado de repente de lo que para él resume la vida.

La buena mujer sintió que sus entrañas se conmovían al escuchar aquel grito.

— ¡Ah, murmuró, prefiero saber que la mía está muerta en aquel rincón del cementerio, que pensar que podría pasarle lo que á ésta, huérfana teniendo padre y sin otro amparo que la caridad!

— Tu mamá va á volver en seguida, hija mía, dijo con cariño. Me ha dicho que te dejes vestir, que seas buena y que vendrá á buscarte.

— ¿Y papá?, replicó Marcela con tono de duda.

— Tu papá también. ¿Quién es tu papá?

— ¿No le conoces?, preguntó la niña con extrañeza.

— No. ¿No sabes que marchó ayer?

Marcela quedó pensativa. No entendía lo que le decían, y el esfuerzo que hacía para comprenderlo se traducía sobre su carita por una contracción del entrecejo.

— ¿Dónde vivías?, preguntó la señora Favrot mientras vestía á la niña.

— ¡Lejos, allá abajo!, contestó con un gracioso gesto de su manecita que movió para indicar la distancia. Se pasa un día de ferrocarril y luego se llega.

Desesperando de obtener ningún indicio de la niña, la señora Favrot se entretuvo en hacerla charlar, cosa que no resultaba difícil.

Dulce charla de niño, llena de recuerdos recientes, de alusiones incompletas, entrecortada por risas y que tenía siempre por estribillo la eterna pregunta: «¿Y cuándo vuelve mamá? Volverá pronto, ¿eh?»

Tuteaba á la señora Favrot como había tuteado á su madre, en su ignorancia de las convenciones sociales y de sus deberes hacia su bienhechora, ignorancia que tan interesante la hacía para aquellos que sabían que estaba sola en el mundo.

Cuando Marcela estaba casi vestida, la planchadora asomó la cabeza por la puerta entreabierta:

— ¿Dónde está la monina? ¡Ah, Dios mío! Y Luisa, ¿dónde está?

— Está en la tienda, pues no podemos dejarla sola.

— ¿Ha llorado mucho la pequeñita?, preguntó la planchadora bajando la voz y acercándose.

— Desde ayer noche no ha derramado ni una lágrima. La llama á cada momento, pero no llora.

— ¡Pobre angelito!, suspiró la señora Jalín. Se conoce que jamás ha sentido ningún pesar. Se ve que es una niña mimada.

— Ya lo creo. Mire usted cuán fina es su ropa interior y qué bien peinada y arregladita está. Sin duda era hija única, vaya.

— ¿Tenías hermanas?, preguntó la planchadora acariciando el cuello de la pequeñuela, que inclinó la cabeza sobre su hombro carnoso, echándose á reír.

— ¿Hermanas? No; tenía un gatito muy pequeño, blanco.

— Y tu papá, ¿te quería mucho?

— ¿Papá? ¡Oh! Ya lo creo. Y mamá ¿va á volver? Dime.

Las dos mujeres cambiaron una triste mirada.

— Creo conveniente ir á casa del comisario, dijo la herbolaria al acabar de arreglar á Marcela. ¿Quiere usted estar al cuidado de la tienda? Porque ya es hora de que Luisa vaya al colegio.

— Con mucho gusto, contestó la buena mujer, vaya usted descansada.

VII

Bajaron á la tenducha por una escalera de caracol que ocultaba un armario.

Luisa estaba sentada detrás del mostrador sobre un cojín aplastado por el uso, entre un ovillo de lana para hacer media y un gran gato soñoliento. El aire se hallaba impregnado del acre olor de las distintas hierbas que colgaban del techo dispuestas en guirnaldas y del marco de la puerta.

— ¡Un gato!, gritó Marcela, escapándose de entre los brazos de su protectora y corriendo hacia el pacífico animal.

Y en seguida metió la mano en la espesa pelambre. Al contacto imprevisto, Micifuz bajó las orejas; pero como aquellos dedos le acariciaban, cerró voluptuo-

samente los ojos amarillos en que la pupila aparecía como una línea negra, escondió de nuevo sus patas bajo el cuerpo y continuó su ronquido de bienestar.

Luisa besó á su pequeña protegida, que le devolvió sus caricias con aire distraído; cuanto le rodeaba le parecía tan extraordinario que no acertaba á darse cuenta de ello. Con sus manecitas tiró suavemente del pomo de los grandes cajones donde se guardan los simples; luego se detuvo contemplando atentamente los bocalos de alcánfor y alumbre, los grandes potes de unguentos con sus tapaderas de cristal con un aro de cobre, y por fin batió alegremente palmas ante un biberón con un tubo de goma, que le recordaba el tiempo, aún cercano, en que aquel objeto era el compañero de los paseos que daba en su cochecito.

— Vaya, Luisa, vete al colegio, que ya volverás para almorzar, dijo la señora Favrot, que parecía celosa de la atención con que Luisa miraba á Marcela.

La pequeña obedeció; besó primeramente á su madre, después á la niña perdida, dió los buenos días á la planchadora y se marchó al colegio con paso decidido.

— ¡Qué buena chica!, dijo la señora Jalín siguiéndola con la mirada.

La madre sonrió orgullosamente, y sin cruzar otra palabra con la vecina marchó á la comisaría.

La policía había descubierto ya que la muerta del *square* Montholon era la mujer que faltaba de la fonda; un telegrama del Havre parecía indicar que un desconocido llamado Monfort era su marido. Pero allí terminaban las investigaciones. Al día siguiente se supo que Monfort se había embarcado de la víspera para América á bordo del *Canadá*. Esto es todo lo que consiguieron saber las protectoras de Marcela.

¿Qué grado de parentesco tenía aquel Monfort con la señora de la fonda, y por qué la designaba de aquel modo? ¿Por qué no había continuado sus pesquisas? El hecho de haber partido al día siguiente sin adquirir más informes probaba que no tenía gran interés en descubrir el paradero de la mujer y de la niña. Gentes que se hubiesen interesado más en el asunto hubieran enviado algún agente para adquirir nuevos detalles. En aquella época no se había tendido aún el cable entre Europa y América, pero podía escribirse una carta á Nueva York á la lista de correos. El comisario indicó esta solución, pero no quiso encargarse de llevarla á cabo. ¿Quién sabe si Monfort, aun cuando se diese con él, quería reembolsar los gastos hechos á causa de la niña? La mayor parte de las veces sucede que las cuestiones más importantes se hallan comprometidas por tales razones de economía.

Algunos días después María Monfort, que no pudo ser identificada, fué enterrada sin aparato alguno. La señora Favrot y la planchadora siguieron el carro fúnebre que la condujo al cementerio en tanto que los rayos del sol caían á plomo sobre la ardiente tierra. María Monfort quedó borrada de la lista de los vivos. La cruz del pobre, colocada sobre su tumba en la fosa común, no tenía grabadas sino una fecha y las iniciales M. P. También ella, como su hija, había perdido en el seno fecundo de la muerte. Se entregó á la señora Favrot una copia del acta de defunción de la mujer fallecida y otra del acta del hallazgo de la niña, los cuales documentos metió la buena mujer en una bolsa, junto con un mechón de pelo de la difunta. Y añadió algunas notas que no brillaban por su ortografía, consignando los detalles de la muerte de María, la descripción minuciosa de su traje y las letras M. M. de la ropa blanca de la niña. Considerando entonces que había hecho cuanto buenamente podía, puso aquel lío en un rincón del armario, rotulándolo con el nombre de Marcela y consignando la fecha del hallazgo y de la catástrofe.

Habían pasado seis meses cuando un día Marcela, que se mostraba cada vez más amable y comunicativa, señaló con el dedo un frasco de drogas donde estaban las dos M. M. de su nombre.

— ¡Marcela Monfort!, dijo; este es mi nombre.

— ¿Estás segura de ello?, preguntó vivamente la señora Favrot.

— Sí, ya lo creo; M. M. son también las iniciales de mamá, María Monfort. ¿Cuándo volverá?

— El año que viene, hija mía, contestó la herborista, que con aquella promesa lejana conseguía calmar su impaciencia. ¿De modo que tu papá se llamaba Monfort?

La niña permaneció perpleja.

— No sé, dijo; mamá le llamaba Simón.

Todos aquellos detalles habían acudido de repente á su memoria. Los evocaba con frecuencia á medida que empezaba á reflexionar, y cuando recordó más, refirió asimismo ciertos datos que venían á su memoria.

La señora Favrot apuntaba cuidadosamente todos aquellos datos, y los papeles en que constaban los

guardaba en aquel saco, que venía á ser la fe de pila y el historial de la pobrecilla abandonada.

— Aun cuando esto que anoto es bien poca cosa, sin embargo, quizá pueda servir más adelante á la niña para hallar á su padre, dijo la señora Favrot á la planchadora.

VIII

— Vaya, vaya, dijo la señora Jalín un día, llevando cuidadosamente limpia y repasada la ropa de Marcela que cuidaba sin estipendio alguno, usted dirá lo que quiera; pero yo le digo que en su lugar hubiese escrito á Nueva York, aquí y allá, sin cansarme, hasta averiguar el paradero de ese Monfort, que estoy segura que es el padre de la niña.

La herborista no contestó á la planchadora, escuchando el ruido que sobre sus cabezas armaban las dos niñas que jugaban con el gato, haciéndole correr de acá para allá.

— Es muy posible, señora, respondió después de meditar un rato; también yo he pensado lo mismo. Pero ¡vaya un padre que de tal modo se desentien- de de su mujer y de su hija!.

Las dos mujeres se miraron perplejas.

— ¿Y qué es lo que indica que ha querido abandonarlas?, preguntó la planchadora, aferrada á su idea. Recuerde que envió un telegrama preguntando por ellas, y que no es esta la conducta de un hombre que quiere abandonar á su familia.

— ¡Bonito telegrama el que envió!, exclamó la señora Favrot indignada. Recuerde que no dió la dirección, que decía sólo: «Respuesta pagada; lista de telegramas.»

— Si había llegado por la mañana, quizá no había tomado habitación, dijo la señora Jalín, que se empeñaba en defender á aquel hombre.

— Eso es cuenta suya; si quería cuidarse de su familia, á él le tocaba investigar. Y además, ¿quiere usted saber claramente lo que pienso? La pobre mujer sabía á qué atenerse y murió de pesar.

— ¡De pesar!, repitió aterrada la planchadora. El médico dijo que su muerte se debió á la ruptura de un aneurisma.

— Pues precisamente los aneurismas vienen á consecuencia de los pesares. Ya sabe usted que por nuestra profesión entendemos algo de medicina. Aquella mujer había padecido grandes disgustos y su pobre corazón estalló á fuerza de llorar.

La señora Jalín no contestó, porque aquellos argumentos eran demasiado profundos para su comprensión limitada.

— El la abandonó, insistió la señora Favrot, bajando la voz. Era un descastado y un mal padre.

— ¿Llevaba la mujer alguna sortija?, preguntó la planchadora.

— Sí, respondió la herborista; pero no había en ella fecha ni inicial ninguna.

La verdad era que ni María ni Monfort se habían cuidado de aquel detalle sin importancia y no habían hecho grabar sus nombres en la sortija nupcial.

Las dos mujeres callaron breve rato, pensando involuntariamente cuán dolorosa debió haber sido la existencia de aquella mujer.

En aquel momento las niñas y el gato armaron un estrépito infernal en el entresuelo, derribando unas sillas y lanzando alegres carcajadas.

La señora Favrot cogió una escoba y pegó con el mango en el techo.

— ¡Mamá!, gritó la voz de Luisa en tanto que su rostro vivaracho aparecía en el marco de un boquete practicado en el piso de la habitación superior.

Al cabo de un momento, la diminuta cara de Marcela reemplazó á la de la hija de la herbolaria. La pequeñuela sentía gran delectación tendiéndose en el suelo y entreteniéndose en mirar á la tienda por aquel agujero.

— ¿Queréis estaros quietas?, refunfuñó la herbolaria. Me estáis rompiendo las sillas.

— Son las dos estropeadas, mamá, contestó Marcela, y aún no están del todo rotas.

— Ya estaremos quietas, mamá, afirmó Luisa volviendo á la miranda.

— Bien, hacedlo así, dijo severamente la madre, y arreglad las sillas.

— Sí, mamá, dijeron á un tiempo aquellas dos voces argentinas.

El boquete se cerró de nuevo y se oyó cómo las niñas ponían en su lugar las sillas con tanta precaución, que se sintieron sonar cada una de las cuatro patas al dar contra el suelo.

— Dice que su papá la quería mucho, dijo la señora Jalín, volviendo á su idea, á fuer de testaruda que era. La señora Favrot se encogió de hombros.

— Todos los padres quieren á sus hijos en tanto que esto les distrae, repuso con desdén; pero solamente las madres saben amar: no me hable usted de

los padres. Y no piense que digo esto por mi pobre marido, que tenía buen corazón para los niños, cosa que ahora no abunda.

¿Dónde la herbolaria había aprendido aquellas extrañas nociones sobre la paternidad? Difícil sería decirlo: hay ideas que como los hongos nacen espontáneamente, sin semillas, sin saber por qué. A menudo esas ideas no pecan de exactas; pero son aquellas á que con mayor tenacidad la gente se aferra.

— Tenía ganas de hacer fortuna, dijo la herbolaria dejando correr libremente su imaginación; todos los que van á América van en busca de la fortuna. La esposa y la niña le estorbaban y las dejó como trasto inútil, dándoles cincuenta francos. No hay cosa más sencilla.

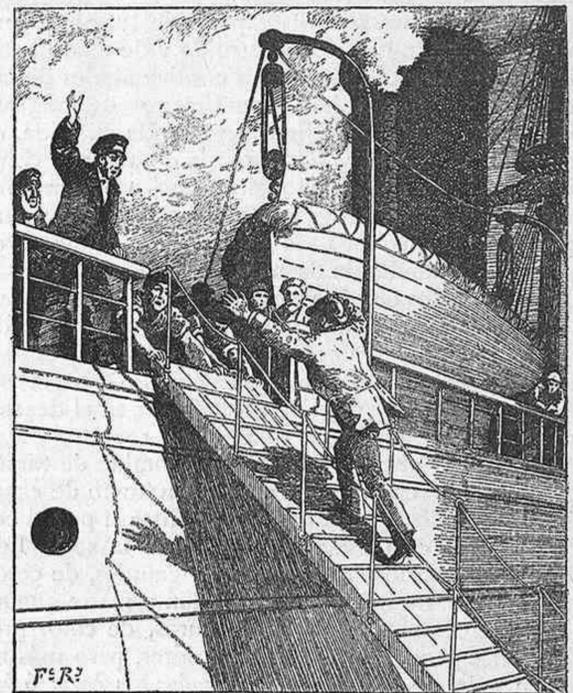
— Quisiera saberlo á punto fijo, repuso con tenacidad la planchadora. Yo en lugar de usted escribiría al capitán del *Canadá*. En este buque se embarcó y el capitán debe saber su paradero.

— El *Canadá* ha hecho tres veces el viaje de América desde entonces, contestó la señora Favrot con el legítimo orgullo de una educación superior. En fin, para complacer á usted, escribiré al Havre. Tal vez consigamos obtener noticias de su paradero.

Si aquella excelente mujer, poco versada en las delicadezas del estilo epistolar, hubiese sabido interesar al capitán por la suerte de aquella mujer muerta súbitamente y de aquella huérfana abandonada en el seno de una gran ciudad, quizá el capitán se hubiese informado y obtenido algún dato útil.

A su vuelta del Havre, seis semanas más tarde, encontró el marino la carta de la buena mujer. Le pedía noticias de un sujeto llamado Monfort que había teleografiado á París á una fonda para saber el paradero de una señora y de su hija. Nada entendió de aquel galimatías que sin embargo había costado gran trabajo y sudores á las dos vecinas. Pero como habían enviado un sello para la contestación, el capitán, que era un hombre honrado, respondió en seguida que efectivamente el nombre de Monfort se encontraba en la lista de pasajeros; pero jamás había hablado con él, pues era muy taciturno y que ignoraba completamente lo que hiciera después de su llegada á Nueva York.

Los sueños de la señora Jalín se desvanecieron, no sin que lo sintiera amargamente. Había levantado en su imaginación todo un castillo de naipes que se venía abajo: el capitán habría hablado con Monfort y éste le habría contado su historia; el capitán, conmovido por los sufrimientos de Marcela y de su



Pasó el puente en el momento que el capitán daba orden de retirada

madre, hablaría de ellos á Monfort y la hija volaría á los brazos de su padre, y así por el estilo.

Le fué preciso apearse de su burro ante el aire indignado de la señora Favrot.

— Ya lo ve usted, dijo después de haber doblado cuidadosamente la carta que juntó á los demás papeles referentes á Marcela. Es un hombre taciturno y sombrío. No abrió la boca durante la travesía, sin duda para no cometer una indiscreción. Bien perdido está, y la pequeñuela queda con nosotros.

— Eso es lo que quería usted, ¿verdad?, preguntó la señora Jalín con sus puntas y ribetes de malicia.

La señora Favrot no dijo una palabra; pero claro se veía que en los cantos de su boca se dibujaba algo así como una sonrisa de triunfo.

(Continuará)

SECCION CIENTIFICA

INDUSTRIA DE LA SEDA TUSSAH

La seda tussah es una seda silvestre que un capricho de la moda femenina ha puesto en boga y cuya fabricación es generalmente desconocida. Procede de

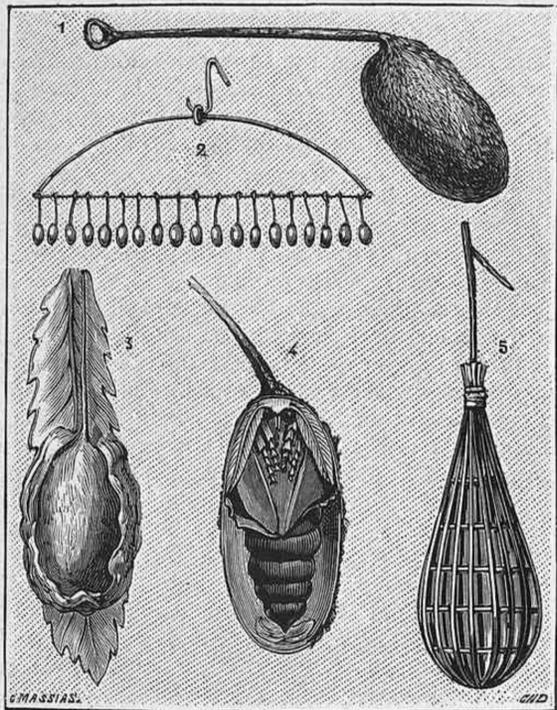


Fig. 1. - Industria de la seda tussah. - N.º 1. Capullo tussah. - N.º 2. Capullos suspendidos para la granazón. - N.º 3. Capullo tussah tal como está después de hilado. - N.º 4. Sección de un capullo en el que se ve la mariposa dispuesta a salir. - N.º 5. Jaula de bambú para la granazón.

la India, en donde se la emplea hace mucho tiempo, siendo conocida con los nombres de *tussah*, *tusser*, *tusseh* y *tussore*.

Origen de la seda tussah. - La seda tussah la produce un gusano especial, el *Attacus mylitta*, que vive en toda la India, excepto en el Rajputana, en Cachemira y en Buthán, en los siguientes árboles: *Terminalia tomentosa*, *Lagustroemia indica*, *Ficus religiosa*, *Zizyphus juguba* y otros. En estado silvestre este gusano se produce anualmente, pero cultivado puede llegar a darse dos y tres veces al año.

Capullos de tussah. - El capullo de tussah (figura núm. 1) es grande, bien construido y de tejido apretado y está suspendido por un cordoncillo; es de color blanco rojizo y mide 50 milímetros de longitud por 30 de diámetro; su peso neto, sin la crisálida, es de 120 miligramos. El hilo de seda ó baba que constituye el capullo tiene de longitud unos 1.200 metros, pero sólo pueden devanarse 500 ó 600 metros; aunque muy desigual en toda su extensión, su finura es por término medio de 84 milésimas de milímetro.

Con capullos de 36 milímetros por 23 se necesitan 500 para formar un kilogramo. En un kilogramo de capullos hay 400 gramos de seda y 600 de crisálidas, de modo que para obtener un kilogramo de seda son precisos 12 ó 15 de capullos. La pérdida en el desembrado de la seda es de 12 á 15 por 100.

Varietades de capullos. - Con el nombre de *tusser* se comprende en la India un gran número de especies de capullos que difieren algo entre sí por el color, aspecto, dimensiones y finura de la seda. Los principales son los capullos *dabah*, grandes, de color gris oscuro, de baba poco apretada y fuerte que se devana fácilmente; los *monga*, duros, de color gris claro, más pequeños que los anteriores, pero más ricos en seda, de baba fina y apretada; los *bogie* ó *bo-gai*, de regulares dimensiones, de baba muy gomosa, pero menos apretada que la de los *monga*, de color gris blanco, que se devana fácilmente y produce mucha seda; los *laria* ó *laringa*, irregulares, grises, con poca seda y procedentes de gusanos enfermos; y los *jarrie*, claros, de poca seda, difíciles de devanar y procedentes de los cultivos de invierno.

Cultivo del tussah. - Empecemos por la granazón. El cultivador suspende 20 ó 25 capullos en un arco formado por una rama encorvada y un cordel (figura 1, núms. 2 y 3): las crisálidas se transforman en mariposas, y éstas se escapan agujereando los capullos (fig. 1, núm. 4). Verifícase la cópula, después de la cual los machos desaparecen y las hembras son encerradas en una jaula ovalada (fig. 1, núm. 5) llamada *moher* y tejida con hierbas de Sabay (*Pollinia criopoda*), que al noveno día se cuelga de un árbol alimentador. Las hembras han aovado y las larvas que de ellas nacen se encaraman á lo alto de la jaula y se diseminan por el árbol.

Entonces empieza propiamente el cultivo. El indio habita en una choza (fig. 2) formada por un marco de tres metros de longitud por dos de anchura, cubierto por un techo de paja ó de hierbas: este marco es portátil y se utiliza más ó menos inclinado. El indio va armado de un garrote para defenderse de las serpientes y animales feroces, viste el *cohotty*, faja de tela de cinco metros de largo por 30 centímetros de ancho, lleva las piernas y los pies desnudos y cubre su cabeza con un gran sombrero de bambú llamado *chappy*.

El cultivador debe mantener limpio de toda broza el suelo en donde se alzan los árboles de cultivo, ha de recoger en su sombrero y transportarlas á otro árbol las larvas cuando éstas han consumido las hojas del en que las colocaron, debe alejar los pájaros insectívoros con su *guillat*, flecha con la cual lanza bolas de tierra cocida, y ha de librar á las larvas de las agresiones de las moscas, para lo cual moja en la liga contenida en un tubo de bambú (fig. 2, cartucho) un bastoncito provisto en su extremo de un tapón, que aplica á la mosca ó al insecto nocivo, cogiéndolo así y aplastándolo luego.

El cultivador recoge sus capullos y los vende á corredores de seda llamados *paikars*, los cuales, á su vez, los venden al *pattuah* ó comerciante indio. Las ventas se hacen al número: un *gundah* vale 4 capullos, un *pun* equivale á 20 *gundahs*, un *karry* á 16 *pundes* ó sean 1.280 capullos.

Ahogamiento de los capullos. - Los capullos son ahogados por los *pattuahs* ó comerciantes, los cuales encargan de ello á los ancianos (1), que verifican esta operación en medio del campo en cobertizos primitivos. El aparato (fig. 3) se compone de un hornillo A construido con tierra y cuyas dimensiones son 30 X 25 X 45 centímetros: encima de él se coloca una jarra B, llamada *kolsy*, llena de agua, de 45 centímetros de altura y otros tantos de diámetro, con una boca de 10 centímetros, sobre la cual se pone otra jarra C de igual forma que la anterior, denominada *karry*, cuyo fondo tiene seis agujeros de un centímetro de diámetro y en la que se meten los capullos que hay que ahogar. Encima de esta jarra se coloca otra D, también llena de capullos, y sobre ésta finalmente otra jarra E vacía y vuelta hacia abajo á modo de tapadera. Las jarras están unidas unas con otras con arcilla. Se enciende el hornillo, el agua de la jarra B hierve y su vapor se eleva por las jarras C y D, verificándose de este modo el ahogamiento: la operación se prolonga hasta que el vapor hace saltar la jarra E. Los capullos se exponen luego al sol sobre



Fig. 2. - Choza y traje del cultivador de capullos. En el cartucho un tubo con liga.

esteras para que se sequen. Los aparatos de ahogamiento se componen de dos, tres ó cuatro jarras

(1) Los ancianos son los únicos obreros que consienten en encargarse de este trabajo, que es considerado como un sacrilegio. Por nada del mundo un hombre ó una mujer jóvenes emprenderían esa labor maldecida por el cielo. Según una superstición de aquel país, todo hombre que ahoga capullos, si es padre de familia es castigado con la pérdida de todos sus hijos; si no los tiene, se ve condenado á no tenerlos nunca y además está expuesto á una prematura muerte. En tales condiciones únicamente los viejos y las viejas, que creen que sólo les quedan tres ó cuatro años de vida, se dedican al ahogamiento de los capullos y aun es preciso que á ello se vean obligados por la necesidad.

llenas de capullos, siendo los más frecuentes los de cuatro. Cada jarra contiene de 250 á 300 capullos, de modo que se ahogan á la vez 1.000 ó 1.200 de éstos.

Cochura de los capullos. - Esta operación se realiza en un lebrillo que se calienta en un hornillo primitivo (fig. 4): lleno de agua hasta la mitad, se introduce en él un poco de sosa ó de ceniza de banano, envuelta en un trapo, de modo que forme una lejía con 11 ó 12 gramos de sosa por litro, en la cual se introducen los capullos hasta llenar los dos tercios de la jarra, dejándolos cocer durante una hora ó más. Antes de que se enfrien los capullos se les agita con el cono de bambú que se ve en el cartucho de la figura 4 para quitarles la borra, y luego se les lava varias veces en un barreño con agua fría.

Hilado. - El hilado lo ejecutan obreras llamadas *katani*, con una pierna desnuda y sentadas en un taburete (fig. 5). La obrera pone los capullos en el lebrillo A y coge cuatro ó seis á la vez para formar el hilo que hace pasar sobre su rodilla y enrolla en un cono de bambú C. La hiladora moja frecuentemente la mano con que hila en una infusión de mirbalana, puesta en un cacharro al alcance de su mano. Una hiladora puede hilar 480 capullos diariamente.

Tratamiento de la seda en Europa. - Para dar brillo á la seda tussah se la purifica por medio de una operación que ha recibido diferentes nombres y que se efectúa sometiendo á aquélla á un baño de sosa amoniacal. Para 10 kilogramos de seda el baño se compone de 200 litros de agua y un kilogramo de sosa: después de una hora aproximadamente de ebullición, se enjuaga la seda en agua tibia, luego se la somete á un baño de ácido clorhídico (1 litro de éste por 200 de agua) y finalmente se la enjuaga con agua clara. La seda tussah adquiere brillo y toma un color rojizo, pero ha perdido en esta operación un 25 por 100 de su peso.

Para blanquearla completamente se utiliza el agua oxigenada: el baño de blanqueo se forma con 20 litros de agua oxigenada á 10 volúmenes, 60 litros de agua caliente y uno de silicato de sosa por 10 kilogs. de seda, y debe tener una temperatura de 50 á 60 grados centígrados; en él se sumerge la seda y se la calienta progresivamente hasta cerca de la ebullición.

Se deja la seda en el baño durante doce ó quince horas, recalentando el baño dos ó tres veces en este tiempo y cambiando cada vez de lugar las madejas. Después se enjuagan éstas en agua clara, se las hace

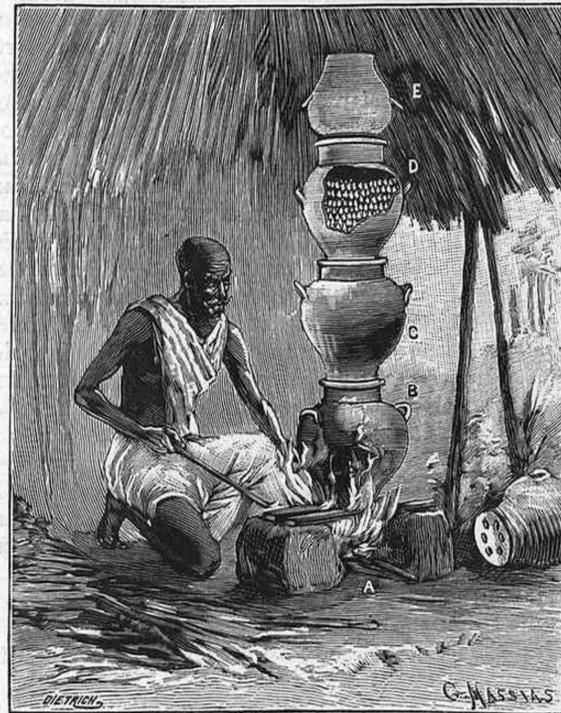


Fig. 3. - Chulah, hornillo para ahogar las crisálidas de los capullos antes de que los agujereen.

hervir algunos minutos en un baño de jabón y se termina la operación enjuagándolas en un baño ligeramente acidificado con ácido clorhídico.

De algún tiempo á esta parte el blanqueo se hace con el peróxido de sodio, y en este caso el baño para 10 kilogramos de seda se compone de 250 litros de agua, 9 kilogramos de sulfato de magnesia y dos ó tres kilogramos de peróxido de cobre: este último producto debe echarse en varias veces y á medida que adelanta el blanqueo. Después de la última adición se calienta el baño hasta una temperatura próxima á la ebullición. El blanqueo dura dos horas y se termina como el que se hace con agua oxigenada.

El tinte de la seda tussah se verifica por los procedimientos usuales, lo mismo que el tejido.

Rizado de los tejidos de tussah. - Desde hace algunos años están de moda los tejidos rizados, bullona-

á tres horas en un baño de cloruro de cinc de una concentración que varía de 20 á 40 grados Baumé, luego se seca al aire y se le suspende en una estufa calentada á 25 ó 30 grados hasta que se logra el efec-

Si con una solución de goma con carbonato de cal se cubre el tejido formando dibujos variados, las partes así cubiertas no se encogen, pudiendo de este modo obtenerse bonitos efectos: para este procedi-

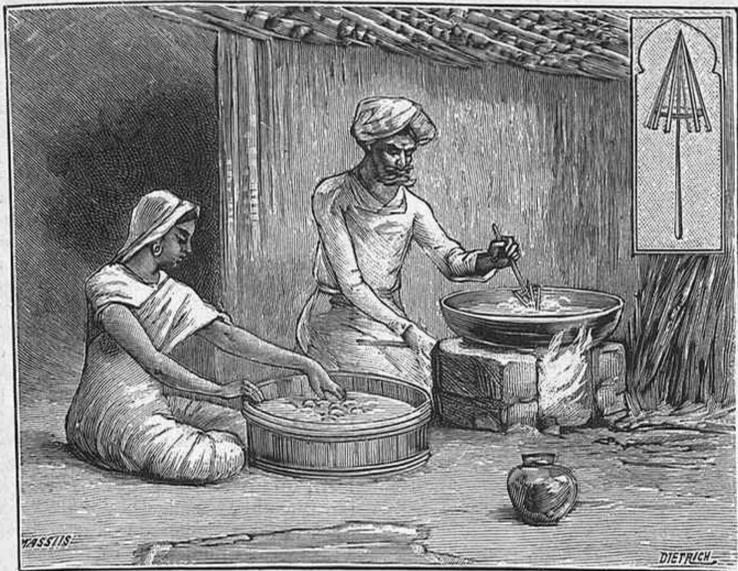


Fig. 4. - Cochura de los capullos. En el cartucho cono de bambú para quitar la borra á los capullos

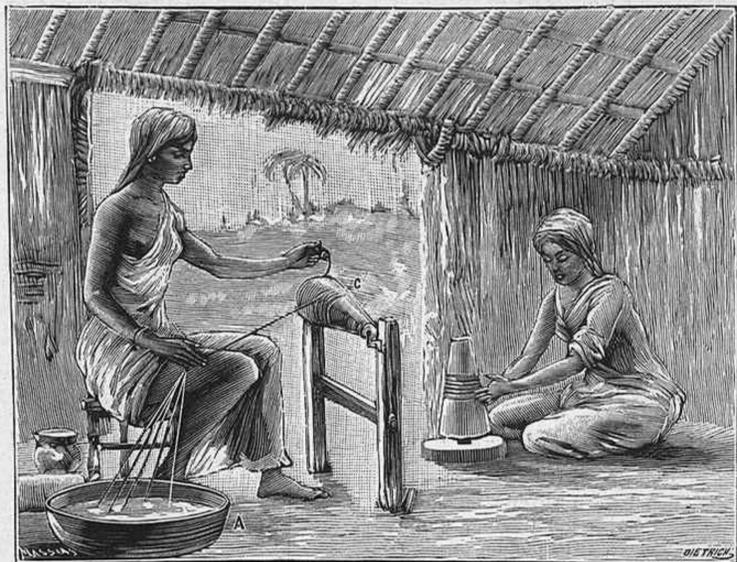


Fig. 5. - Hilado de la seda tussah

dos, etc.; para obtener estos efectos con la seda tussah se la trata con cloruro de cinc que, como otras substancias, tiene la propiedad de encoger las fibras. Para ello se sumerge el tejido de seda de media hora

del rizado. Después se lava en un baño de carbonato de potasa y según la naturaleza del tejido, que puede contener lana ó algodón, se obtiene el rizado, bullonado, etc.

miento en vez de la sumersión del tejido de seda en un baño de cloruro de cinc que hemos citado anteriormente, se emplea una solución de óxido de níquel en amoníaco. - A. M. VILLON.

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA preparado con bismuto

por Ch. Fay, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Gatarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmo, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXÍJASE el nombre y la firma **AROUD**

EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. - Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los esputos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del **Agua de Léchelle** en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

MAREO PELAGINA
RESULTADOS COMPLETOS en el mayor número; ALIVIO SEGURO en los otros.
IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO. En frasco, frascos 5, 3 y 1 fr. 60
E. FOURNIER Farmo, 114, Rue de Provence, PARIS, y en las principales Poblaciones marítimas.
MADRID: Melchor GARCIA, y todas Farmacias.

ANTI-QUINA DIABÉTICA ROCHER
FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos contra 8 fr. - Depósito **ROCHER, Farmacéutico, 112, Rue de Turenne, PARIS,** y FARMACIAS.
Envío gratis y franco de un estudio interesante indicando causas y consecuencias de la **DIABETIS.**
EN BARCELONA: SRES. VICENTE FERRER Y C.^{ia}

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos.
(Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias

Frasco: 6 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEPÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARFOLLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES etc.
B^e St-Denis 36

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PLIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

PUERTA DE LAS CASAS CONSISTORIALES DE TOLÓN

Esta célebre puerta fué la primera obra arquitectónica de Pedro Puget, artista que hasta entonces sólo se había dado á conocer como pintor y que en aquella ocasión se reveló también como escultor. Catorce meses empleó en la ejecución de aquel trabajo, famoso especialmente por las dos cariátides que sostienen el balcón colocado encima de la puerta: cuéntase que Bernin, llamado á Francia por Luis XIV para las obras del Louvre, desembarcó en Tolón, y al ver la puerta construída por Puget, estuvo tentado de volverse diciendo que donde había hombres capaces de producir tales maravillas nada tenía él que hacer.

Esas dos figuras parece que están haciendo vigorosos esfuerzos para no dejarse aplastar por el peso que les agobia: una tradición absurda, que sin embargo han acogido muchos escritores, pretende que Puget, para vengarse de dos cónsules de quienes había recibido algún agravio, copió sus caras en las cariátides; pero basta fijar una mirada en éstas para comprender la falsedad de esta tradición, pues nunca se eligieron cónsules de veinte á veinticuatro años, que es la edad que debieron tener los que sirvieron de modelo para aquéllas. Por otra parte, el carácter bondadoso en extremo de Puget parece excluir toda idea de semejante venganza.

Las cariátides, que habían sufrido mucho á consecuencia de las injurias del tiempo, fueron hábilmente restauradas en 1818 por un escultor tolonés, L. J. Hubac.

Pedro Puget nació en Marsella en 1692, y desde la edad de catorce años se dedicó, bajo la dirección de un constructor de galeras llamado Román, á esculpir los adornos de madera que entonces llevaban en tanta abundancia los buques. Muy pronto esta ocupación vulgar y rutinaria no satisfizo su vocación y quiso ir á Italia en busca de más altas inspiraciones. En Florencia trabó amistad con un escultor que le dió cartas de recomendación para algunos artistas de Roma, entre ellos el pintor Pedro Cortone, que entonces estaba en el apogeo de su talento y de su favor. Puget se dedicó al estudio de la pintura y muy pronto pudo ayudar á su maestro en las vastas empresas que se le encomendaban: así se cree que son de Puget los dos tritones que se ven en el famoso techo del palacio Barberini, y que colaboró en los techos pintados por Cortone en el palacio Pitti de Florencia.

A pesar de los esfuerzos del maestro para retener á su lado á su discípulo, Puget, que sentía la nostalgia de su patria, volvió en 1643 á Marsella, permaneciendo en aquella ciudad muchos años, durante los cuales pintó gran número de cuadros para su villa natal, para Aix, Tolón, Cuers y la Ciotat.



PUERTA DE LAS CASAS CONSISTORIALES DE TOLÓN, obra de Pedro Puget, pintor, escultor y arquitecto francés del siglo XVII

Una circunstancia imprevista llevóle por segunda vez á Italia: un religioso de la orden de los Fuldenses que por encargo de Ana de Austria debía dibujar los principales monumentos antiguos de aquel país, llevóse consigo á Puget para que le ayudara. El estudio que estos trabajos le obligaron á hacer despertó en el artista marsellés una nueva vocación que lo impulsó hacia la arquitectura, arte al cual quiso desde entonces dedicarse preferentemente.

En 1653 regresó á Marsella, y en 1656 y 1657 fué cuando ejecutó la famosa puerta antes descrita y que el adjunto grabado reproduce: por aquel entonces también presentó un proyecto de fachada para las Casas Consistoriales de aquella ciudad, que no fué aceptado; hizo los dibujos de muchas de las principales casas que adornan la calle del Cours de Roma, que se abrió en Marsella en aquella época; construyó el mercado de pescado que lleva su nombre, y comenzó la construcción de la iglesia del hospicio de la Caridad.

Puget fué asimismo escultor eminente, y durante su tercer viaje á Italia, que efectuó por encargo del superintendente Fouquet, modeló en Génova las estatuas colosales del bienaventurado Alejandro Sauli y de San Sebastián para la iglesia de Nuestra Señora de Carignan, una estatua de la Virgen para el templo de San Felipe Neri, una Asunción para el *Albergo de poveri*, el tabernáculo y los ángeles del altar mayor de San Siro, el altar mayor de Nuestra Señora de las Viñas y gran número de esculturas profanas, entre ellas el famoso *Hércules galo* que actualmente figura en el Museo del Louvre.

En 1699 fué nombrado director del decorado de los buques en el puerto de Tolón, y entonces inventó el género de ornamentación de los castillos de popa, que fué adoptado por todas las marinas del siglo XVII. Esta nueva ocupación no le impedía continuar dedicándose á la escultura, siendo de aquella época sus célebres obras *Perseo libertando á Andrómeda*, *Milón de Crotona* y el gran bajo relieve *Alejandro y Diógenes*, que son en la actualidad hermoso ornamento del Museo del Louvre.

Con la esperanza de que le encargaran trabajo, Puget se dirigió á París; pero después de seis meses de solicitarlo en vano, disgustado de las intrigas de la corte, descorazonado por lo mal que le pagaban sus obras, olvidado cuando aún podía producir obras maestras, regresó á Marsella, y allí, con el pincel en la mano, ejecutando el bajo relieve *La peste de Milán*, que fué su última creación, procuró olvidar la indiferencia de sus conciudadanos, que contrastaba con el aprecio que los italianos hacían de su mérito.

Puget murió en 1694, y hoy en la plaza Real de Marsella se alza un monumento erigido á su memoria.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la **Carne**, el **Hierro** y la **Quina** constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anemia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteración de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas* y *escorbúticas*, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el *Vigor*, la *Coloración* y la *Energía vital*.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

Pildoras y Jarabe
DE
BLANCARD
Con Ioduro de Hierro Inalterable.

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.

Solucion BLANCARD
y
Comprimidos
de *Exalgina*

JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

Exijase la Firma y el Sello de Garantía. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Jarabe de Digital de **LABELONYE** contra las diversas **Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los **Ferruginos** contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyección ipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

Medalla de Oro de la S^{ta} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS **PATERSON**
con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exijir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs FREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 REALES.

Exijir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias

El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESPIRADOS** y todas las **INFLAMACIONES DEL PECHO** y de los **INTESTINOS**.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos **Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESIÓN**

ASMA
y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.

25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y C^{ia}, Nos. 102, R. Richelieu, Paris.